

El año que termina y el que empieza

Luxor

LA PERFUMERIA LUXOR

ES LA PREFERIDA del MUNDO ELEGANTE
TANTO de AMERICA como de EUROPA.

LA PERFUMERIA LUXOR COMPRENDE
TODOS AQUELLOS PREPARADOS que
UNA DAMA CHIC y COMME IL FAUT
NECESITA PARA SU TOILETTE E HIGIENE DIARIA

Como ser:

SHAMPOO LÍQUIDO y LOCIONES FINAS
POLVOS FINÍSIMOS y ADHERENTES para la cara
CREMA para la cara — COLD CREAM para masaje facial
JABONES finísimos — ROUGE para la cara
LAPICES para cejas — COLORETE para labios
CREMA DE ALMENDRAS para el cutis
POLVOS y PASTA DENTÍFRICOS
ODO-VAN, agua contra la transpiración molesta
SALES DE ASPIRAR — SALES PERFUMADAS para baño
TALCOS con perfume y sin él
EXTRACTOS de exquisitos perfumes
SACHET para perfumar la ropa. POLVO para los pies y
TODOS LOS ARTICULOS NECESARIOS para MANICURA.

LA PERFUMERÍA LUXOR se halla en venta
en la TIENDA SAN MARTÍN — CASA JAMES SMART —
Farmacia GIBSON y todas las TIENDAS, MERCERIAS, PERFUMERIAS
y FARMACIAS de IMPORTANCIA.

ARMOUR and COMPANY
CHICAGO - U. S. A.

Representantes: FRIGORÍFICO ARMOUR de LA PLATA. S. A.
BUENOS AIRES

FRAY MOCHO

Año VIII | Buenos Aires, 1.º de enero de 1919 | Núm. 349

AÑO MUERTO - VIDA NUEVA

Año terrible y heroico el que fenece: bárbaro hasta la consumación de todas las crueldades, en sus comienzos, como continuación de un período aciago; y romántico después, hasta el auge de todas las utopías, en este final dorado de promesas pacíficas para la triste humanidad cansada de la sangre y del dolor. Año indescriptible, destacado de todos en la historia, después del cual nos aguardan la reforma económica y política del mundo, la transformación del derecho, la estética nueva, los novísimos ideales esparciéndose como un perfume de flores entre las ruinas fecundadas por el sol y la humedad regeneradora.

La perspectiva de una Bélgica indemnizada y restaurada, mostrando sus cicatrices heroicas con un gesto de orgullo y de felicidad; de una Francia triunfante, abrazando con renovado amor su Alsacia-Lorena; de una Italia finalmente vuelta a la plenitud de su personalidad, mediante la recuperación de sus provincias irredentas, bastarían, sin hablar del castigo impuesto a los victimarios, para afianzar en la conciencia del siglo la fe en la justicia. Las restantes reivindicaciones, no sólo territoriales, como las de Polonia o Armenia, Palestina, Serbia, Rumania y países yugo-eslavos y checo-eslovacos, etc., sino de puros conceptos jurídicos, y aún morales, contenidos o no en la doctrina de Wilson, terminarán la obra, concluyendo de asegurar a los hombres del futuro la paz de la fraternidad y del amor.

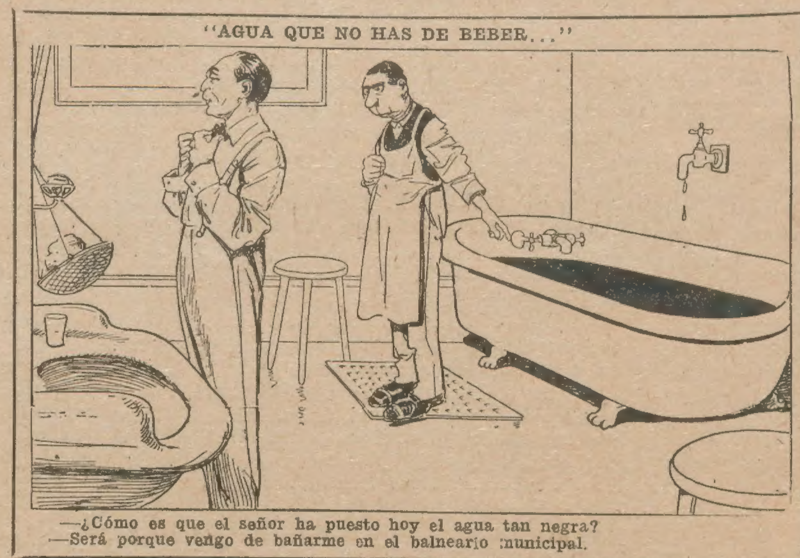
El armisticio concertado entre los beligerantes ha abierto una puerta enorme al campo de las ideologías. La próxima conferencia de la paz, será la muerte de la guerra—se dice—la abolición de la violencia, el hundimiento del militarismo, la proscripción absoluta de cuanto no emerja del derecho de los pueblos. Y pasan a la categoría de trasgos abominables, las furias del darwinismo político, y los fantoches del maquiavelismo, del von bernardismo, etc., con su cortejo de sofísticas briboneráis de "lucha por la vida", "teoría de la necesidad", y otros inventos. Sin detenernos en la posible exageración de tales generalizaciones, y sin perder de vista que la fragilidad humana, es casi tan grande como la concepción humana de la virtud, no hay duda de que el momento, más que para visiones materialistas, se presta para retomar el hilo maravilloso de Normann Angel y de sus puntadas de ensueño en la tela burda de la realidad.

Grande como la luz de los nuevos principios es la sombra que proyecta el gigantesco edificio. ¿Qué, sino sombra, es el caos ruso, con su auge de patanes monstruosos, con su interminable río de sangre que corre sin detenerse jamás sobre la estepa, en nombre de la igualdad y de la fraternidad de los hombres? ¿Qué, la anarquía en el país de la obediencia y del cálculo, con su grotesca imitación del maximalismo moscovita, sucediendo de golpe a la disciplina del imperio, como si Alemania buscara la impunidad de sus faltas?

Por fortuna, si el año que termina, no obstante su compleja grandeza, apenas logra plantear estos problemas y deja entrever los resultados, el nuevo año, el deseado 1919, traerá la solución. A él la tarea de eliminar aquellas falsificaciones de la libertad, como en la práctica resultan todas las demagogías, ya que lejos de abatir la lucha de clases la deja en pie más fuerte que nunca, con la sola diferencia de la inversión de los términos.

Nuestra América, libre del peso de las tradiciones seculares de Europa, ajena a los conflictos de raza, sin competencias industriales o comerciales que malogren los mejores anhelos de la civilización, ignora, por fortuna, los dramas internacionales, elaborados a lo largo de la historia. Apenas sí, entre Chile y Perú, con motivo de la retención por el primero de

"AGUA QUE NO HAS DE BEBER..."



—¿Cómo es que el señor ha puesto hoy el agua tan negra?
—Será porque vengo de bañarme en el balneario municipal.

las provincias de Tacna y Arica después de la guerra del Pacífico, se mantiene una desigualdad de pareceres, más aparente que real, que en algún momento ha asumido las proporciones de una algarada. En manera alguna, esta única cuestión desagradable en todo el continente, puede parangonarse a las terribles e irreductibles diferencias del viejo mundo, ni por el valor material de los territorios, ni por la índole pasional de la contienda, ni por el número de pobladores, ni porque de su solución dependa el destino de la mayoría del mundo. Pleito de vecindad entre dos pueblos hermanos, cuyos patrimonios son mayores en lo inexplotado y desierto que en lo ocupado y trabajado, su zanjamiento no afectará el honor ni la grandeza nacional, tocando más al amor propio que a los intereses bien entendidos de los litigantes. Y aún cuando se reconozca la importancia de este último factor en países jóvenes y celosos de su prestigio, nadie se atreverá a negar que, en el fondo, ninguno de los contendores confía para el triunfo, en nada que sea ajeno al derecho y la justicia. América no puede dar, por lo menos en estos años juveniles de su expansión y desarrollo, ningún escándalo de guerra, y escándalo y formidable resultaría el irse a las manos por un asunto que sólo el respeto de los tratados y la observancia escrupulosa de los pactos debe dirimir. En América puede haber pleitos, pero no luchas; sentencias judiciales, pero jamás pendencias militaristas.

Pero América alienta en alto grado el amor a Europa. El viejo mundo es su modelo: para el arte, para la legislación, para las costumbres. Desde la copia de sus estilos literarios hasta la imitación del corte de las ropas, el reflejo es tan evidente que huelga demostrarlo. Por lo mismo, llega en buena hora el descrédito de la violencia, el fracaso elocuentísimo de los métodos de fuerza para el desarrollo normal de los estados. De otro modo, la filosofía del éxito malsano, habría corrido el riesgo de imponerse. No es éste, sin embargo, el aspecto más temible de nuestras propensiones imitadoras. Al fin, la voluntad exteriorizada de América, en todos los documentos, desde la revolución y la independencia hasta nuestros días, consistió siempre en la exaltación del derecho sobre la fuerza. Su breve historia no es más que un proceso de lucha contra todas las tiranías, opresiones y privilegios, en nombre de la igualdad de todos los hombres, sin distinción de razas ni de clases. Y aquí, precisamente, en lo mejor del idealismo de América, radica el mayor peligro de su desarrollo normal. Mientras la tradición histórica argentina propicia la consagración de los más aptos, sin averiguar su origen, ciertas tendencias modernas de transformación social, tales como el nefasto maximalismo que corroe a Rusia, parecen desear la tiranía de los más bajos. La confusión evidente de la democracia con la demagogía, el entronizamiento práctico del hombre inferior que de ello resulta, se complicaría en América con el individualismo agresivo de los primitivos, dando este resultado paradojal: la alianza del espíritu retardatario del gaucho con el ultra avanzado de los proletarios europeos, resolviéndose todo en regresión a los peores tiempos de nuestra lucha por surgir a la luz de los progresos modernos.

He aquí una faz de las cosas argentinas que merece la atención de los estudiosos. Porque si sería error funesto no reprimir tales amagos de retroceso, fuera no menos dañoso apelar a los medios simplemente coercitivos, en su oportunidad, para evitarlos. Es necesario ante todo, prever desde la banca del diputado o desde el gabinete del ministro, los males flotantes. Es el acierto desde el gobierno lo que principalmente ha de sujetar el desborde de las pasiones populares. Es el ejemplo de la justicia bien distribuída, del derecho respetado, de la lealtad y de la buena fe cerniéndose sobre los celos políticos y las diferencias de criterio, los mejores atalayas del orden y de la libertad.

La función de gobernar, por otra parte, es cada día más técnica. Ya en Europa, no se conciben los simples patriotas encaramados en las direcciones gubernativas. Tal responsable de la hacienda pública es un financista de veras, cuya enseñanza y cuya obra son comentados en el mundo entero; y en las funciones estrictamente políticas, no puede darse el caso de una improvisación. Es cierto que allá la responsabilidad del electorado es otra, como son otras las razones de la existencia de los partidos y de las diferencias que los caracterizan. Pero si todavía no se perfilan entre nosotros los elementos de tales situaciones, no por ello resulta menos apremiante la necesidad selectiva, de tal modo que hoy la posición internacional y mañana la complejidad nacional, no resulten formidables problemas de solución precaria o confiada a los acasos de la incompetencia.

Esperemos de la labor del año que empieza frutos de bendición para la patria. Se inicia bajo buenos auspicios; los de la paz universal próxima a concertarse. No será mucho confiar en que las nuevas enseñanzas emergentes de la discusión, aprovechen fundamentalmente a nuestros puntos de vista americanos. Sin duda, por lo que respecta a la República, fuera de desear que no existieran razones para la crítica. Lo inmediato del nuevo período, sin ley de presupuesto que asegure el orden administrativo y financiero, coincidiendo con el desgobierno de algunas provincias y los excesos intervencionistas en otras, no es ciertamente halagüeño. Otros males visibles concluyen de empequeñecer el espíritu frente a la enorme necesidad de afrontarlos con ánimo sereno y mente clara. Pero la fuerza expansiva del país, de este gran país maravillosamente dotado por la naturaleza es tan grande, que fuera ridículo extremar el pesimismo. "La verdadera ganadería argentina — decía hace años cierto inglés enriquecido en las pampas — consiste en no estorbar el crecimiento del pasto, y en mirar como engordan los terneros". Los tiempos han pasado, y seguramente el inglés del cuento no afirmaría hoy lo mismo. Con todo, la multiplicación de las vacas para frigoríficos, sigue dependiendo de los mismos factores esenciales que cuando se trataba de los mataderos...

1919 nos aguarda. El electorado nacional, hoy más consciente que ayer, ha de brindarnos, con su educación progresiva, las soluciones justas, las decisiones salvadoras. Confiemos, no en el instinto del rebaño, sino en la inspiración de los justos y de los verdaderamente libres.

Carlos CORREA LUNA.

El 34036

Diciembre 5. — Hoy por fin he comprado el número del millón.

Cuando el agenciero me pidió doscientos pesos por el billete tuve un segundo de vacilación. El recuerdo de las chicas, siempre inclinadas sobre sus bordados que tan mal les pagan, me venció.

Ahora ya está hecho. Aquí tengo, delante mío, los décimos del billete.

Es el 34036.

¿Qué encerrará? ¡El millón? ¿Algún otro premio? Quién sabe...

Tal vez no me guarda más que la pena de haber tirado inútilmente el precio de muchos sacrificios...

. . . .

Diciembre 8. — ¡Qué linda está mi Clarisa! Esta tarde me ha parecido más bella que nunca.

Es la primera vez que nos visita desde que se casó, hace dos meses.

Estuvo alegre y parlera como siempre. Se empeñó en ayudar a las chicas. Y terminó primorosamente el bordado de una sábana que había empezado Dorita.

Está más rosada y casi juraría que tiene los ojos más azules.

En un momento en que nos quedamos solas me abrazó muy fuerte:

—Si supieras, mamá...

Soy tan feliz... tan feliz...

. . . .

Diciembre 15. — Anoche nos hemos acostado muy tarde. Hasta las doce estuvieron las chicas bordando.

No me gusta que trabajen de noche, pero tenían que entregar una ropa de apuro.

Felizmente, como era sábado, estaba Alberto en casa. El cebó el mate, mientras Dorita y Carmen se apuraban por concluir sus tareas.

Si mi vista no estuviera tan mala y pudiera ayudarlas...

Alberto las ha hecho reir en grande contándoles sus travesuras y las de sus compañeros, estudiantes pobres como él, que como él trabajan para poder costearse sus estudios.

Gracias a Dios este año está Alberto más seguro que el año pasado. Anoche mismo me lo decía:

—Ya verás, mamá, con qué "señoras clasificaciones" voy a pasar... Y después, dentro de algún tiempo, cuando yo sea médico...

Y adoptó unos aires tan cómicamente solemnes que las chicas rieron de buena gana.

Hoy volvió a la ciudad. Ya no ha de regresar hasta que termine con sus exámenes.

. . . .

Diciembre 18. — Ayer estuvieron las chicas hablando de la jugada del millón. Ellas no saben que tengo, bien escondido, un billete entero. Hablaban de los números que traen suerte o desgracia.

—Si yo tuviera dinero para tirar—decía Carmen, riendo—eligiría un décimo de un número que terminara en 13.

—Yo no;—comentaba Dorita—más bien compraría un número cualquiera, pero, eso sí, cuidaría de que no tuviera ningún cero.

—¿Por qué?—pregunté yo.

—Porque dicen que el cero es mal número.

Es estúpido, pero me preocupó. A la noche tuve sueños absurdos. Vi una danza infernal de números. Todos eran ceros, con rasgos humanos. Me rodeaban, me insultaban, se burlaban. Y por fin, uno de ellos me preguntó:

—¿Cómo has tenido valor para malgastar lo que tus hijas ganan con tanto trabajo?

. . . .

Diciembre 20. — Hoy fuí a Haedo, a pasar la tarde con Clarisa. Desde por la mañana dejé lista la comida de la noche. Así las chicas no tienen que ocuparse más que de sus costuras.

Es linda la casita de Clarisa. Muy sencilla, rodeada de jardín.

Me decía Clarisa que Lucio y ella cuidan de las plantas. Más ella que él, es claro, porque a él no le deja mucho tiempo libre su empleo.

Ahora, en los fondos, piensan hacer un gallinerito. Lo hará el mismo Lucio en uno o dos domingos.

Hoy no me ha vuelto a hablar de su felicidad, pero no hacía falta. Me lo decían sus ojos brillantes y alegres como si toda una primavera hubiera anidado en ellos.

. . . .

Diciembre 21. — A medida que se acerca la fecha de la jugada voy perdiendo la esperanza de que mi número consiga algún premio.

¿De dónde había sacado esa fe tonta que tenía al principio, cuando aún no había comprado el número y guardaba afanosamente mi dinero?

En cambio ahora...

¡Cómo me arrepiento de haber tirado esos doscientos pesos!

. . . .

Diciembre 22. — Estoy deseando que pase de una vez el momento del sorteo. Si esto durara muchos días creo que me enloquecería.

¡Qué nervios, Dios mío, qué nervios!

. . . .

Diciembre 23. — ¡El 34036! ¡Dorita! ¡Carmen! ¡El millón! ¡¡El millón!! ¡¡¡El millón!!!

. . . .

Diciembre 25. — ¡Bromuro, por favor! ¡Más bromuro!

. . . .

Diciembre 31. — Alberto ya ha cobrado el número y aún no me parece cierto.

Dicen las chicas que he estado muy mal. Pobrecitas. Les he dado un gran susto.

Hoy me siento mejor. Pero ¡cómo me tiembla el pulso todavía!

. . . .

Enero 15. — Yo hubiera preferido quedar siempre en Morón. Estaba tan acostumbrada a mi casita, a mis plantas, a mis gallinas... Pero no es posible. Las chicas claman por la ciudad.

. . . .

Enero 22. — ¡Cómo lo quiere a Lucio, mi Clarisa! Cuando habla de él se transfigura toda. Se convierten en flores de fuego sus mejillas. Y sus ojos se hacen todos luz.

Hoy estuve con ella.

Fuí a llevarle un cheque de cien mil pesos. Lo rechazó.

Ellos no precisan mi dinero. ¿Para qué? Tal vez les molestaría...

El sueño que forjaron—las manos en las manos, los ojos en los ojos—ahora es realidad.

No necesitan más.

Y en voz baja, abrazándome:—No lo tomarás a mal ¿verdad?

Y además ¿sabes? así estamos tan bien... tan bien, mamá...

. . . .

. . . .

Marzo 12. — ¡Cuántos cambios en tan poco tiempo!

Y esta pena de no poder acostumbrarse a la vida nueva, a no hacer nada, al verse rodeada siempre de sirvientes que la miran a una con sonrisitas raras...

¿Cómo pueden las chicas encontrarse tan a gusto?

. . . .

. . . .

Mayo 30. — Si yo pudiera volver a mi casita de Morón... O, al menos, si pudiera ocuparme del jardín de nuestro petit hotel... Pero las chicas no quieren. No está bien, no es de tono, qué sé yo...

Y cada día me encuentro más triste y más sola.

Las chicas no están nunca en casa: Palermo, el Plaza, exposiciones, conciertos, teatros...

Yo ya estoy vieja para acostumbrarme a esa vida. Necesitaría cocinar, limpiar, barrer, cuidar las gallinas, como antes...

. . . .

Junio 3. — También Alberto — como Dorita y como Carmen—es otro ahora.

Ya no estudia, ni trabaja, ni hace nada. Ahora piensa únicamente en su peinado, en su traje entallado y en sus zapatos de charol.

¡Dios mío, Dios mío, si yo hubiera sabido!

. . . .

Agosto 30. — No, es imposible; yo ya no puedo soportar más.

¡Qué se arreglen las chicas con Alberto!

Yo iré a lo de Clarisa.

Ella lo ha comprendido todo y me ha llamado: "Ven mamá. Será mejor.

Esperaremos juntas al que va a llegar. ¿Quieres?

Lucio dice que las manos de la abuela han de ser las manos santas que al florecer la primera bendición sobre la cabecita querida, serán presagio de dicha.

Y yo creo siempre lo que dice Lucio..."

Cleopatra CORDIVIOLA.

AMANECER

Con diligencia de mujer, el cielo
Se arropaba en su azul de mar lejano,
Y, majestuosa, en la amplitud del vuelo
Una nube de blanco terciopelo
Alargaba un adiós, como una mano.

Venciendo su pesada soñolencia,
La silueta de un álamo rompía,
Con la severidad de su presencia,
Aquella luminosa transparencia
Que daba un tinte singular al día.

Iba saliendo el sol. Un rayo de oro
En la copa del árbol se quebraba
Y, codiciando el sin igual tesoro,
El trazo de la sombra, en el sonoro
Cristal de la corriente viboreaba.

Y completó el encanto de esa hora
Un boyero que abriendo sus dos alas
Buscó una fina rama cimbradora,
Y desde allí cumplimentó a la aurora
Con una loca sucesión de escalas.

Aníbal Marc. GIMÉNEZ.

VIDA SOCIAL



—¿No sabes que gané el premio en el concurso de cocina?

—¿Qué era el premio?

—Un libro titulado "Manual de primeros auxilios".

Hace poco más de dos años, que los Estados Unidos implantaron el servicio de paquetes postales, y en tan breve espacio de tiempo han hecho cosas nunca vistas en Europa, donde hace mucho más tiempo que existe dicho servicio.

Uno de los casos más notables ha sido el envío de una niña de seis años, llamada Edna Neff, que fué impuesta como paquete postal en la estafeta de Pensacola (Florida), con destino a Cristiansburg, (Virginia), punto situado a más de 1.600 kilómetros de distancia del primero.

Como Edna pesaba menos de cincuenta libras, que es el peso máximo de los paquetes postales en los Estados Unidos, los empleados de correos no pudieron rechazarla cuando su madre, una pobre mujer que carecía de medios para pagar el boleto del tren, presentó en la oficina a la niña debidamente rotulada y franqueada con las correspondientes estampillas.

El destinatario del "paquete" era el padre de la niña. El franqueo importaba 75 centavos, mientras que el boleto del tren hubiera costado 75 francos. La niña fué en el vagón de la ambulancia postal perfectamente cuidada y agasajada por los empleados.

Conocida es la sensitiva (mimosa púdica), género de planta casi herbáceo, de muy pocas hojas y altura; todas las especies son propias de país cálido; pero se cultiva en macetas y se conserva y sirve de ornamento de los salones. Esta planta ofrece la particularidad de replegar sus hojas cuando se toca o agita la mata.

La flor de la sensitiva es pequeña y muy delicada, como toda la planta está dotada de sensibilidad, pero en un grado más notable, pues la leyenda pretende que la flor tiene un don particular; pues si bien se cierra de una manera brusca cuando la toca cualquier persona, no se contrae y se deja tocar de toda criatura que sea perfectamente pura.

Las más grandes estatuas del mundo son las siguientes:

En el Japón, el Budha de Kamakura, que tiene 15 metros de alto. En Petrogrado, la estatua de Pedro el Grande, que mide 16 metros. En Munich, la de Baviera, con una altura de 15 metros; y en Westfalia, en Detnold, la estatua de Arminio, el célebre guerrero que luchó contra Roma, tiene 20 metros de alto. En Lago Mayor, la estatua de San Carlos Borromeo, mide 23 metros de altura, y, para terminar, la más alta del mundo es la de la Libertad, a la entrada del puerto de Nueva York, que alcanza a 46 metros de alto.

OBSEQUIOS

útiles, artísticos de gusto, hallará Vd. en esta exposición especial que Gath & Chaves celebra en la Casa Central y en el Anexo. :: :: :: ::

Obsequios para Señoras:

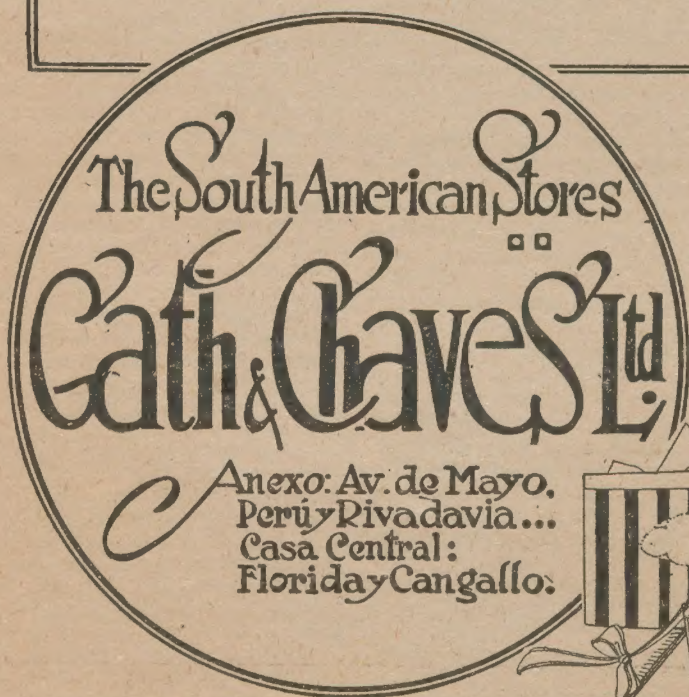
Estuches con perfumes, "Manicures", Juegos de tocador, Abanicos, Sombrillas, Carteras, Bolsas, Juegos de Peinetas, Cortes para Vestidos y para Blusas, Juegos de Lencería, Kimonos y Pyjamas de novedad, Collares de perlas, de ámbar y de fantasía, y otra gran cantidad de artículos novedosos, cuya larga serie no es posible detallar en un aviso. :: :: :: ::

ANEXO

Obsequios para Hombres:

Espléndidos Estuches con juegos de Bastón y Paraguas, Carteras y Billeteras, Cigarreras y Fosforeras, Cajas de lujo con Cigarros de Bock & Co. en todas las virolas, Boquillas, Magníficos juegos de Pipas, Relojes-pulsera de oro, de plata y de níquel, Cortaplumas riquísimos, Perfumes deliciosos, Juegos de "manicure" y de cepillos para "toilette", Cajas con Corbatas, Tiradores y Medias y otra gran cantidad de artículos para Regalos de gusto. :: :: ::

CASA CENTRAL



TRES REYES

Sería una angustia moral continuar manteniendo en reserva por más tiempo nuestro profundo disentimiento con las sistemáticas irregularidades en que incurren los Reyes Magos en el desempeño de sus funciones. El año nuevo—si realmente ha de ser nuevo y no ha de oirse, como en el año pasado y los anteriores según es público y notorio, prolongados rumores de descontento en la barra de la humanidad,—es la mejor ocasión para discutir con franqueza, de acuerdo con las modernas corrientes democráticas, viejos errores que se han perpetuado por el prestigio de las testas coronadas y el temor a las "expediciones punitivas"—como decía el zar—de parte de monarcas que disponen a su arbitrio de la juguetería o de la artillería.

Trataremos de debatir este asunto desde el plano de las abstracciones, sin prejuicios de raza—ejemplares iguales a uno de los Reyes se vendían hace un siglo por dos onzas y cuatro reales,—ni de edad, aunque ellos cuentan mil novecientos años y nosotros empezamos a entrar sin mucha vocación en esa edad en que uno comienza a mencionar las enseñanzas del pasado y el respeto a los mayores. Sólo hablamos en nombre de esa porción de la humanidad que por el solo motivo de no tener una altura determinada, se ve cohibida en el libre ejercicio de sus derechos y de sus extremidades; de aquella porción de la humanidad que pasa por una fugacísima edad azul y blanca durante la cual colecciona concienzudamente carozos de damascos; se inicia en las operaciones bursátiles con transacciones sobre cajas de fósforos, semillas de paraísos y lápices reducidos a su mínima expesión; manifiesta la más portentosa admiración por el conciudadano que es capaz de quedarse un minuto cabeza abajo y pies en el aire; tiene por la más vehemente felicidad estar descalza en un charco una tarde de buen aguacero y considera enemigo personal al delantal blanco. Vasta comunidad cuyas ramificaciones se extienden a todos los hogares y que comprende desde el llamado "divino encanto" por la abuela y las tías, en el cual la naturaleza ha puesto todas sus aptitudes después de haber ensayado la mano en la construcción de flores, hasta el esmirriado y feúcho que es prueba evidente de que la dicha naturaleza se entrega también a actos de "sabotage", pero miembros todos de una misma familia a la que está reservada mañana la solución del problema—que hemos postergado tantas veces—de vivir en familia.

En nombre de esa vasta comunidad vamos a formular contra los Reyes Magos una acusación tan clara como abrumadora: año tras año, Melchor, Gaspar y Baltasar, individualmente o en representación conjunta de la firma social, han puesto la mayor cantidad de juguetes y los mejores de su colosal surtido a los niños que ya tenían muchos y ricos juguetes, a niños que durante el año habían recibido magníficos regalos y vivían sumergidos en una Capua de cornetas, faroles chinescos, cítaras, carretillas, bomberos y osos danzantes. Al mismo tiempo han acostumbrado dejar a los niños pobres los artículos más lamentables y mezquinos, incapaces de sostener con dignidad el nombre de juguetes, incapaces de suscitar la admiración, el respeto o la simple cortesía de sus destinatarios. Pero hay algo más grave y doloroso: a numerosos niños que jamás han tenido un juguete, jamás los Reyes les dejaron nada, nunca se acordaron de ellos... Si no es de la más flagrante y vergonzosa injusticia dar mucho a los que tienen y nada a los que no tienen, si esto no ha de desaparecer inmediatamente, más vale que la gente suspenda de una vez tanto bullicioso preparativo que está haciendo para recibir a la Justicia como inquilina permanente del mundo.

Una cualidad que puede decidirnos a codearnos con los reyes es la comunidad del sentimiento humanitario, o, mejor dicho—pues eso de humanitario es término impregnado de egoísmo de clase—la compasión, la facultad de sentir en nuestro corazón el dolor ajeno. Los Reyes Magos carecen radicalmente de sentimientos compasivos. Citamos el testimonio insospechable de los enfermitos de los hospitales. Ellos, en lo íntimo de sus corazones—que son corazones exactamente iguales al nuestro según informes fidedignos—imploran con la voz del dolor la visita de los tres Reyes; y esos tres caballeros ni siquiera se dignan contestarles, y cuando llega el día de gloria y están los chicos con la esperanza trémula, en vez de los miríficos visitantes, entra, nublada, la muerte y se lleva a alguno para un país que sin duda ha de serle mejor que éste, pero... ¿habrá juguetes? Otros hay que piden durante meses, y encargan a sus padres la correspondiente solicitud por escrito, que los Reyes les manden, aunque sea en compensación de no habérseles dado leche tantas mañanas, una pelota, aunque esté despintada, un tren aunque no camine, un payaso aunque le falte la cabeza. Llega el seis de enero, madrugan, corren emocionados hasta el umbral y sólo ven en sus zapatos una media docena de gotas de rocío, que todavía, en esa edad, no son consideradas como perlas. Todas sus ilusiones de un año se desplomarán dolorosamente, ese día les será tan largo, desagradable o injusto como todos los demás, y en su vida que está en capullo caerá una gota de amargura, tan amarga, que es difícil que más tarde se convierta la flor en fruto dulce. Dicen que hay cuentas que se abren en la niñez y se quiere cobrarlas muchos años después, por supuesto con intereses.

Habiendo expuesto la injusticia y la crueldad con que desempeñan su más importante tarea los Reyes Magos, en forma inveterada (la empresa fué fundada hace mil novecientos años), creemos conveniente insistir acerca del espíritu antidemocrático que importa el hecho de distribuir mercaderías de dos calidades completamente distintas: una para los ricos y otra para los pobres. Esta última está elaborada como si dijéramos con los subproductos de la naturaleza, con malos materiales, evidente negligencia y más evidente intención de alcanzar las dimensiones mínimas de la materia. El barco de la categoría para los pobres, por ejemplo, en vez de alzar tres palos, hinchar velamen, lucir empavesado y transportar teatralmente varias hileras de almirantes, apenas mide tres pulgadas de eslora, la cubierta no ha sido ni cepillada, el palo mayor, honesto mondadientes, nunca se ha visto con semejante responsabilidad, y, téngase presente, a un barco de esta clase el contacto del agua le es absolutamente fatal. Refiriéndose a los artículos de esta segunda calidad una persona bien informada nos observa con visible indignación: "Casi todos los héroes son de papel; los cañones no son sino clavos; he visto una república de una cuarta de alto—agrega—construída para presentar una actitud de furiosa soberanía, y cuyo interior, cuyas vísceras eran de barba de choclo."

Muy justificadas, sin duda, las observaciones del señor que vió esa república eminentemente agrícola, pero la mayor crítica debe ser dirigida a la omisión total del cumplimiento de su deber de que son culpables los Reyes Magos, con respecto a tantos niños. Estos tienen derecho innato a los juguetes, derivado del hecho mismo de estar viviendo en esta sección del Universo. Venimos con esto a tocar un punto de palpitante interés: ¿De quién es la Tierra? ¿Acaso es sólo de los grandes, como se creía antes entre las naciones? Muestren los grandes los papeles que les reconocen la propiedad exclusiva, no papeles hechos por ellos mismos, lo que no tiene gracia, sino con la firma o la cruz de los demás seres vivientes. El árbol no plantado por intención humana que nace y crece en la quebrada penumbrosa, el hierro nacido en la tiniebla profunda aflora a veces forcejeando con los basaltos por ver el azul, el oro que parpadea en la arenilla del arroyo serrano, los cristales geómetras concienzudos, el copo que como paloma enamorada se hincha en el tallo del algodonero; en fin, la opulenta despensa de la naturaleza, ¿ha de ser toda para los grandes?, ¿para que hagan los mostradores de las botellerías, los sables para matarse, la moneda para comprarse, la escopeta para voltear las golondrinas y el papel para condenarse a las cárceles? Para hacer cosa más noble—juguetes, por supuesto,—los niños reclamarán la parte que les corresponde de esa riqueza natural. Porque es evidente que la distribución de una insignificante parte de la misma, convertida en manufactura y a cargo de los Reyes Magos, no debe continuar. Este será el punto fundamental del programa de reivindicaciones que los niños proclamarán frente al imperialismo de los grandes. Y para conseguirlo llorarán toda la noche si es preciso y tiznarán cuantas paredes sea necesario

Entretanto consideramos despachado nuestro propósito de hacer constar que el juguete es tan necesario al niño como la luz para la hoja, como el cauce para el agua; que tiene derecho a él; que la distribución actual se efectúa en condiciones que no vacilamos en calificar duramente y al capricho de tres personajes prácticamente irresponsables y hasta fabulosos y que los tres Reyes Magos son, al fin y al cabo, como todos los reyes.

E. BANCHS.

Un buen negocio

Llamado a París a causa de un proceso, el conde de Flammarens cruzaba el bosque de Fontainebleau, cuando advirtió un grupo de caballeros que se alejaban por un camino apartado y cuyos modales discretos le llamaron la atención, sobre todo, al observar que le miraban con demasiada insistencia. Curioso por naturaleza, el conde decidió seguirlos y llegó así a una carretera importante en la cual vió otro grupo relativamente numeroso.

Flammarens vióse convertido inmediatamente en objeto de todas las miradas, y por cierto esas miradas no eran muy benévolas ... Llegó a creer que había caído en medio de una banda de delincuentes y empezó a reflexionar cómo podría salvarse. En eso, uno de los desconocidos se le acerca y le pregunta qué motivo le ha llevado a ese sitio.

—El mismo que a usted—responde Flammarens.

Al oir esta respuesta, dada con tono seguro y enérgico, el desconocido vuelve al grupo de sus amigos que le reciben con viva curiosidad y empiezan a hablarse en voz baja.

—Soy hombre muerto,—se dice entretanto el conde, preparándose para una resistencia desesperada.

Pero seguramente los desconocidos no tienen intención de atacarle, pues dos o tres miembros de la conferencia se le acercan y en vez de exigirle la bolsa o la vida, le dicen:

—Doscientos luises, señor, si se retira.

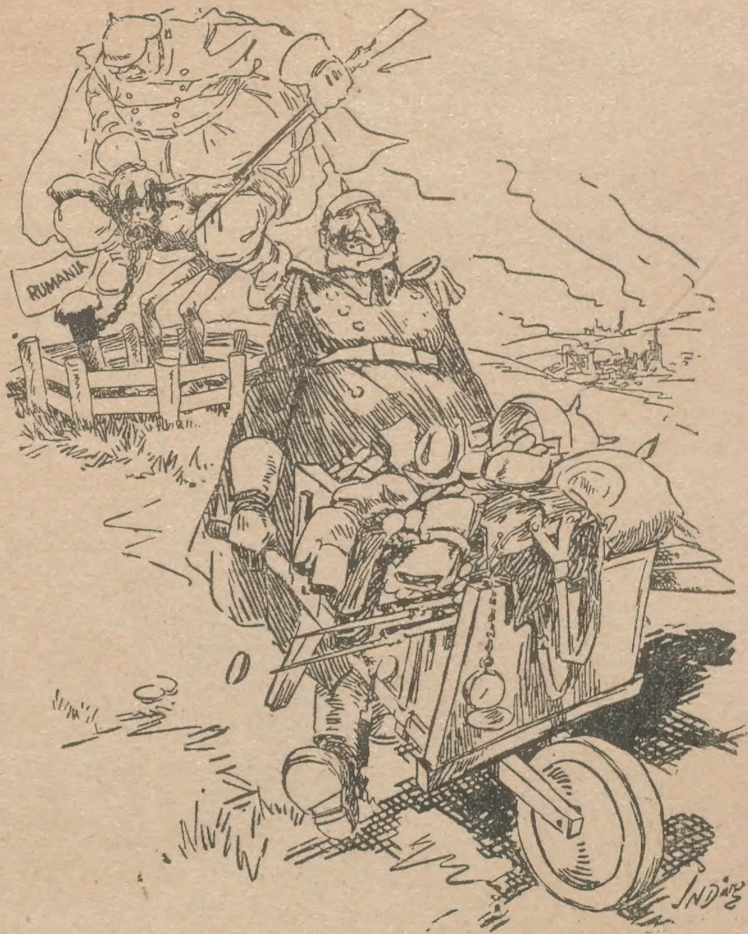
Sin comprender absolutamente nada de lo que se trata y sin desconcertarse, el conde replica, al azar pero con tono resuelto:

—Es demasiado poco.

Lo dejan otra vez solo. El grupo delibera. Al cabo de una discusión muy animada, regresan los embajadores. Esta vez le proponen quinientos luises y se los muestran.

—Bien; acepto los quinientos—dice el conde, tratando de reprimir su profunda sorpresa. Toma el dinero, saluda, monta a caballo y sigue su camino. Los desconocidos lo despiden con las mayores señales de cortesía.

Al llegar a un pueblo cercano tuvo la clave del enigma. Los desconocidos no eran delincuentes, sino honrados burgueses que se habían asociado para adquirir en remate un importante lote del bosque. Lo habían tomado por un rival que seguramente haría subir el precio y lo habían alejado mediante los quinientos luises, suma muy inferior a la ganancia que pensaban hacer.



Para que los alemanes no se quejen... nada más natural que imponer a Alemania la paz que Alemania impuso a Rumania.

Funerales de banderas

No hace mucho, una revista inglesa se lamentaba de que Inglaterra sea el único país que permite que sus banderas históricas vayan a parar a una casa de préstamos o a una sala de ventas. Una bandera del regimiento de infantería núm. 19 que ondeó al frente de esta ciudad durante el sitio de Gibraltar, fué encontrada cubriendo los cojines de un sofá que tenía cierto comerciante en su despacho.

En 1886, el primer batallón del regimiento de Gloucester rescató de casa de un prestamista de York cuatro banderas que se habían usado desde 1795 a 1810 en la campaña de Egipto y en la guerra de la independencia de España.

En la iglesia parroquial de Kendal se conserva un par de banderas antiguas del segundo batallón del regimiento de Border. Fueron rescatadas en 1888 por lord Archibaldo Campbell del poder de un prendero de Londres, que las anunció en venta como simples cortinas.

Para impedir que las banderas viejas tengan tan triste fin, ahora suelen quemarse con gran ceremonia, y sus cenizas se guardan cuidadosamente en una caja. Otras se entierran con honores militares.

La cabeza del perro

—¡Mí, sentir amor!

Acentuóse la rojez de su rostro, al tiempo que se descubría para que doña Malvina le viera la cabeza llena de canas. Añadió arrastrando las "erres":

—¡Primerra vez!...

—¡Bueno!... ¡Si la muchacha quiere!...

Lo había dicho de un modo torpe, con un tartamudeo, trabada la lengua por la sorpresa.

Nunca supuso que "Don Jorge el Inglés" estuviera prendado de su hija.

Arrancando la hoja del calendario, balbuceó Teresa:

—¡Mamá: nos faltan cinco días!

Era en abril, mes benigno en que la tierra, desgarrada ya por el arado, huele a maternidad, propiciamente...

Luego añadió la muchacha:

—¡Si sacáramos eso!...

Fuera del rancho, Teresa mostraba a doña Malvina una cabeza de perro, curtida por las intemperies, que se erguía en el cumbrero.

—Usted dice que por ella se fué la desgracia. Yo, como no creo en agorerías, pretendo que la echemos abajo. Al pobre Juan Luis va a traerle muy tristes recuerdos.

Mientras la madre recogía en la chacra los porotos de manteca para el almuerzo, Teresa, con una picana, tiró al suelo la testa del can hidrófobo. Con los dientes afuera, aquel hocico de perro parecía mofarse.

Fué dándole puntapiés hasta que cayó lejos del campo, junto a los rieles del ferrocarril.

¡Obscura tragedia, la que puso luto en los cuerpos, sumiendo en terrible desolación las almas! Más de año y medio iban transcurridos. Aquel perro lo conocía Teresa desde chiquita. Al final, estaba torpe y sarnoso. No quisieron matarlo por lástima. Hasta que mordió al padre.

¡Qué escenas, Señor!... Don Martiniano fué visto por el farmacéutico que hacía de médico en aquel paraje agreste.

—¡Atenlo a la cama, si no quieren rabiar todos!

Obedecieron a impulsos del espanto, movidos por el instinto de conservación. El cuerpo del hombre, puesto en aspa, amenazaba destruir el crujiente lecho.

—¡Quiero más bien que me maten!...—vociferó.

Sus dientes castañeteaban de continuo. La panacea del boticario no le hizo efecto alguno. Clamó de nuevo por la muerte.

—¡Denen un tiro en la cabeza!

Partía el alma ver los delirios espantosos de aquel mortal, presa de fiebre altísima. Sus exaltaciones, despierto, llenaban el rancho de terror. Chirriaba la cadena del pozo y él exigía exacerbado:

—¡Veneno!... ¡Demen veneno!...

Insultó a las mujeres. A su hijo Juan Luis fulminábalo con los ojos, que arrojaban centellas de odio.

—¡Maula!... ¡maula!... ¡si sos un maula!... ¿Por qué no me matás?...

Al cuarto día, en un movimiento brusco, una de las ligaduras zafó. La liberación del rabioso era, pues, cosa de un instante. Vióle Juan Luis más enloquecido que nunca.

—¡Sosiéguese, tata, que lo mato!—dijo el muchacho temblando de miedo.

—¡Soy yo quien va a acabar con todos!...

Ante la amenaza, las mujeres huyeron llenas de espanto. Y como el mozo viese la demencia peligrosísima de su padre, le tiró una puñalada certera.

La policía se fué con el muchacho. Intervino la justicia. El apócrifo galeno reclamaba por su absurda asistencia una cantidad exageradísima. Necesitábanlo como prueba para la defensa, y no hubo más remedio que darle cuanto quiso.

Menudearon las cuentas. Hubo que hipotecar el campo destinado a la labranza. A bajo precio fué vendido el potrero donde pacían las vacas.

—¡No, no, lecherras no vender!...

Era el jefe de la estación Sauce Chico. Las dos mujeres sintiéronse reconfortadas con la simpatía de don Jorge.

—¡Los ingleses tenemos más sentido prágtico!

Dióles una idea excelente. Podían echar los animales a la vía, donde la pastura, en ambos lados de los rieles, creció siempre compacta. Bastaba con sacarlos al paso de cada tren. Del correo, ellas conocían los horarios; en cuanto a otros convoyes, él tendríalas al tanto, aunque fuera avisando por el teléfono de la estancia vecina.

El destino pareció apiadarse de aquella pobre gente. La viuda, sencilla y supersticiosa, miraba con gratitud la cabeza de perro, como desafiando el mal, desde lo más alto del rancho...

De tiempo en tiempo, doña Malvina iba hasta la cárcel, llevándole a Juan Luis azúcar, yerba y tabaco. El mozo suspiraba:

—¡Cuándo volveré, mama!

Mientras llegaba ese día las dos mujeres trabajaron sin descanso, tomando algún peón a jornal en la época de las aradas. Hacían quesos, criaron cerdos y gallinas... Hubo, al fin, ahorros suficientes con que salir de las hipotecas.

Para colmo de venturas, "Don Jorge el Inglés", hombre sanguíneo, fuerte y trabajador, había puesto sus ojos en Teresa.

—¡No olvidés que te lleva veintiocho años!—le advirtió prudente doña Malvina.

—Mama, de verdad: ¡lo prefiero a todos los mozos del pago!

La mañana en que sacara del cumbrero la cabeza del perro, volvió a mirar el almanaque una porción de veces.

—¡Cinco días!...

Cinco días para el retorno, al pago, de su hermano Juan Luis; cinco días para su boda...

Estuvo cosiendo sin descanso...

Con los nervios tensos, febril, don Jorge se fué a la pulpería. Quiso hablar por teléfono a la estancia vecina y nadie le contestaba. El que atendía en la central le dijo:

—Han quedado sin peona. ¡Y los hombres haber salido todos al campo!

¿Qué partido elegir?... De la frontera venía el tren con la delegación inglesa. Imposible hablar a otras estaciones para detenerlo. Y su futura, dentro de un rato, sin entrever el peligro que para ella y sus intereses había, iba a marchar tranquila, como de costumbre, tras las vacas.

En el boliche, don Jorge se enfrentó con un jinete.

—Si no juera capaz de hacerse dos leguas d'un galope, lo degüeyo!...

Tal fué la respuesta del gaucho, cuando le preguntó el jefe de estación si el caballo sería "voluntario".

Le dió instrucciones. Era preciso llegar al rancho de la viuda de Arboleya antes de media hora.

—¡Aunque reviente el pingo, mi jefe!...

Cuando Teresa vió aquel jinete que desde lo alto de la cuchilla disparaba el revólver, un azoramiento absoluto inmovilizó sus piernas...

. . . .

Luego sentía algo así como si la tierra temblara y se abriera para tragársela... La catástrofe fué cosa de un segundo. Frenó de golpe el tren. En el salón perdieron su equilibrio algunas copas de champagne. Los viajeros, británicos e indígenas, se horrorizaron al contemplar la belleza de la muerta.

Apenas si un orondo padre de la patria osó balbucir severo:

—A un inglés nunca se le habría ocurrido meterse con esos animales por la vía. Es lo que tiene nuestra gente de campo: servicial por donde la busquen, ¡pero atrevida!...

Las vacas miraban desde lejos, con sus grandes pupilas estupefactas; erguíase burlesco el hocico del perro a espaldas del convoy...

Vicente A. SALAVERRI.

A LAS 5.55



—¿Qué te dijo tu mujer anoche cuando llegaste tarde?

—No tengo tiempo para decírtelo. Voy a tomar el tren de las 8.10.

EL SUELDO DEL AMA



—¡Pero es una explotación! ¿a cuánto nos quiere cobrar el litro de leche?...

VIDA

Así como los árboles, que al llegar el otoño
en los senderos dejan su amarilla hojarasca,
mi alma, cada día que pasa, va perdiendo
junto con las quimeras, la flor de una esperanza.

Todo me hastía bajo este sol que fecunda
la semilla en el surco, los frutos en las ramas,
que pone polvo de oro en los lirios y rosas
y de ríos y fuentes refléjase en las aguas.

Pasear quiero en las tardes envueltas de silencio
por valles y praderas, senderos y hondonadas:
y entonces que el ensueño, cual pájaro propicio
penetre en el alcázar sombrío de mi alma.

Quiero miel de panales y un salterio de gotas;
coro de alados pájaros, y una selva olvidada,
y musicales vientos que en las copas salmodien
de los árboles viejos sus íntimas plegarias.

Eso ambiciono, Vida, que en cada día que huye
pones profundas huellas en mi frente cansada,
nieves en mis cabellos, hasta la triste tarde
en que de mí te apartes, como una novia blanca.

Quiero como los árboles que voltean sus hojas,
que en dolientes canciones se me deshoje el alma;
venga después la Muerte, la que devasta todo...
¡Yo soy un sueño lírico que llevará la Nada!

Félix B. VISILLAC.

Psicología del football

La atracción del carnet

Al entra
él en dese
dística, ocu
el cronista
la forma
mira.
La opor
fica para
el estudio
ción de los
le mira con
conocido i
brir al aut
se ha critic
dijo que su
de el goal
"palo" a
testó contr
falta de co
tantes, incl
periencia s
anhela ind
fensor del
nera con g
crítico que
la comisión

verlos! ¡Opinar a gritos! ¡Criticar y aplaudir! ¡¡Ser periodista!!...

Tal es la ambición que los induce a buscar a todo trance la ocasión de entablar relaciones con los representantes de los diarios.

Poco les importa que haya que ven-

Son pésimos "cronistas" y peores "críticos" cuando mejor orientados, sin pretensiones excesivas y sin ambiciones que los sacan de sus medios, serían, sin duda, elementos más valiosos en otras manifestaciones de la vida.

SENCILLEZ *en los trajes*



Ideas sencillas para realzar la moda. Dos modelos de Molyneux, de Londres: a la izquierda uno en taffetas azul y blanco, con volados "pannier", cuello en V y pequeño sombrero con flores. A la derecha, creación en falla azul marino con pintas blancas, falda con gran volado superior y una rosa prendida en el vértice del escote.

LAS mujeres se han cansado de las faldas estrechas y de las demasiado anchas, y era lógico que buscaran otro estilo para resarcirse; cuando la duquesa de Kent se presentó con un nuevo modelo de vestido de seda, en seguida tuvo numerosas partidarias para esa moda, especialmente por la falda superpuesta, a modo de gran alforza, en la parte superior. El vestido es muy apropiado para una boda o recepción elegante y a la vez bastante sencillo, como lo prueba un modelo de Molyneux, en falla azul marino con pintas blancas, mangas tres cuartos y una gran rosa prendida en el vértice del escote. La falda, con una amplitud aceptable, es de corte simple, pero realzada por el doblez superior mencionado anteriormente. Incluso el gran sombrero de paja adornado con tul es sencillo, si se lo compara con los recargados de flores y plumas.

En otro modelo, en taffetas azul y negra, formando rayas y cuadros, Molyneux dispone en forma dis-

¡Tener un carnet, con o sin letras de oro! ¡Entrar a los fields sin necesidad de abonar un solo centavo! ¡Tomar anotaciones desde una tribuna concurrida, allí, donde todo el mundo pueda

las vísperas de los partidos internacionales, mira con profundo dolor esa lamentable tendencia.

Así se malogran muchos buenos muchachos aficionados al football.

La cabeza del perro

—¡Mí, sentir amor!

Acentuóse la rojez de su rostro, al tiempo que se descubría para que doña Malvina le viera la cabeza llena de canas. Añadió arrastrando las "erres":

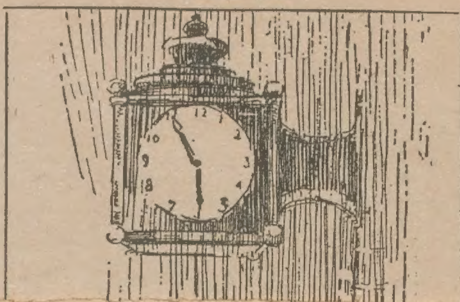
—¡Primerra vez!...

—¡Bueno!... ¡Si la muchacha quiere!...

Lo había dicho de un modo torpe, con un tartamudeo, trabada la lengua por la sorpresa.

Nunca supuso que "Don Jorge el Inglés" estu- ... ndado de su hija.

A LAS 5.55



—¡No olvidés que te lleva veintiocho años!—le advirtió prudente doña Malvina.

—Mama, de verdad: ¡lo prefiero a todos los mozos del pago!

La mañana en que sacara del cumbrero la cabeza del perro, volvió a mirar el almanaque una porción de veces.

—¡Cinco días!...

Cinco días para el retorno, al pago, de su hermano Juan Luis; cinco días para su boda...

Estuvo cosiendo sin descanso...

Con los nervios tensos, febril, don Jorge se fué a la pulpería. Quiso hablar por teléfono a la estan- ...

EL FUTURO EN SUS MANOS ★ EL FUTURO EN SUS MANOS

Ramificaciones de la línea de la cabeza sobre el monte de Júpiter: todas las ambiciones serán satisfechas a su gusto.

Monte de Júpiter, marcado por una estrella: suerte inesperada. **Marcado por una horqueta:** suerte con las amistades. **Marcado con un triángulo:** fortuna lograda honestamente.

Ramificaciones de la línea del corazón sobre el monte de Júpiter: suerte en el amor y probabilidades de un casamiento ventajoso.

Primera falange del pulgar redondeada y marcada por un círculo, o segunda falange marcada con un triángulo: suerte en trabajos intelectuales.

Cruz o triángulo sobre el monte de Venus: amor feliz que colma toda una vida.

Cuadrado sobre el monte de Mercurio: buen sentido para los negocios.

Las líneas del sol, de la cabeza y de la intuición, cortándose en un solo lugar: suerte debida a la inteligencia y al mérito personal.

Líneas paralelas verticales sobre el monte de Luna: viajes felices.

Línea de la vida, larga y neta: vida tranquila y muy feliz.

Línea de intuición larga y neta: suerte gracias a una carrera independiente y original.

Cruz sobre el puño: suerte segura por una herencia.

Tres líneas: signo de gran felicidad.

EL FUTURO EN SUS MANOS ★ EL FUTURO EN SUS MANOS ★ EL FUTURO EN SUS MANOS ★ EL FUTURO EN SUS MANOS

La policía se fué con el muchacho. Intervino la justicia. El apócrifo galeno reclamaba por su absurda asistencia una cantidad exageradísima. Necesitábanlo como prueba para la defensa, y no hubo más remedio que darle cuanto quiso.

Menudearon las cuentas. Hubo que hipotecar el campo destinado a la labranza. A bajo precio fué vendido el potrero donde pacían las vacas.

—¡No, no, lecherras no vender!...

Era el jefe de la estación Sauce Chico. Las dos mujeres sintiéronse reconfortadas con la simpatía de don Jorge.

—¡Los ingleses tenemos más sentido prágtico!

Dióles una idea excelente. Podían echar los animales a la vía, donde la pastura, en ambos lados de los rieles, creció siempre compacta. Bastaba con



—¡Pero es una explotación! ¿a cuánto nos quiere cobrar el litro de leche?...

y musicales vientos que en las copas salmodien
de los árboles viejos sus íntimas plegarias.

Eso ambiciono, Vida, que en cada día que huye
pones profundas huellas en mi frente cansada,
nieves en mis cabellos, hasta la triste tarde
en que de mí te apartes, como una novia blanca.

Quiero como los árboles que voltean sus hojas,
que en dolientes canciones se me deshoje el alma;
venga después la Muerte, la que devasta todo...
¡Yo soy un sueño lírico que llevará la Nada!

Félix B. VISILLAC.

Psicología del football

La atracción del carnet

Al entrar a un field cuando se va a él en desempeño de una misión periodística, ocurre con gran frecuencia que el cronista nota, al exhibir su carnet, la forma un tanto rara en que se le mira.

La oportunidad es, sin duda, magnífica para aquellos que se deleitan en el estudio y en la profunda observación de los fenómenos psicológicos. Se le mira con curiosidad, como si el desconocido investigador quisiese descubrir al autor de artículos en los cuales se ha criticado al club predilecto, o se dijo que su victoria fué injusta, offside el goal de la victoria; se dió un "palo" a mengano, o acaso, se protestó contra la comisión directiva por falta de consideraciones hacia los visitantes, incluso el cronista que por experiencia sabe lo que dijo. O quizá se anhela individualizar al anónimo defensor del equipo que el espectador venera con gran fanatismo, o al enérgico crítico que le cantó cuatro verdades a la comisión de selección...

En fin, se le dirige una primer mirada investigadora, luego otra, más tarde una tercera, como si desde ese momento no hubiera en el field otra cosa en quien fijarse que en el cronista...

Y cuando entran en la cancha los cuadros y se dispone a trabajar, los ojos del curioso se clavan en el papel donde con algunos rasgos aparentemente incomprensibles, el cronista sintetiza un avance, menciona un corner o deja constancia de algún foul pasado por alto por uno de esos buenos señores que tienen la valentía de exponer su "humanidad" a las furias del más fanático partidario y que escuchan con cristiana resignación, desde el consabido "refile tramposo", hasta los epítetos más variados, las palabras de todo calibre que pueden oirse en un field por cinco o diez pesos...

Si se produce un goal o una de esas frecuentes agresiones a puño limpio denominadas con la clásica frase de "escena de pugilato", encuentra el investigador la mejor ocasión para fijarse en el cronista. Observa atentamente sus gestos, las anotaciones que hace, como si se tratara de descubrir , por un simple detalle, la opinión o el juicio que aquél se haya formado sobre el hecho producido. Y por cierto que no es raro, que de improviso se le interrogue al cronista:

—¿Para qué diario es, señor?...

Satisfecha o no su curiosidad, el desconocido espectador continúa prolijamente su examen. El match le interesa ya muy poco, y sus ojos están diciendo al menos experto, con cuántos deseos no entablaría conversación con el periodista; cambiaría impresiones con él; le preguntaría qué opina de tal cosa y "qué le ha parecido el encuentro". Pero transcurren los minutos y el partido finaliza.

Investigadores de esta naturaleza se encuentran siempre, en todos los fields. Son los que se considerarían los seres más felices de la tierra si algún día pudiesen llegar a ser cronistas.

¡Tener un carnet, con o sin letras de oro! ¡Entrar a los fields sin necesidad de abonar un solo centavo! ¡Tomar anotaciones desde una tribuna concurrida, allí, donde todo el mundo pueda verlos! ¡Opinar a gritos! ¡Criticar y aplaudir! ¡¡Ser periodista!!...

Tal es la ambición que los induce a buscar a todo trance la ocasión de entablar relaciones con los representantes de los diarios.

Poco les importa que haya que vencer dificultades de todo género si al fin de cuentas ven coronadas sus pretensiones.

Nadie ignora que el football ofrece milagros y transformaciones prodigiosas, y he ahí que, del día a la noche, uno de esos investigadores consigue un carnet y desde ese momento entra a desempeñar sus funciones.

La audacia alienta a este género de críticos deportivos, y cuando llegan a una cancha, se los ve entrar poseídos de cierto aire de personajes. Rítmico el paso, miran a todos lados como diciendo: "aquí estoy yo", y con toda prolijidad eligen el sitio donde se ubicarán. El lugar que buscan es aquel más concurrido, donde haya damas, si es posible, a fin de que cuando saquen del bolsillo del saco el enorme block de papel, nadie dude que está en presencia de un "periodista". Su tarea, más que a tomar apuntes calladamente, se reduce a opinar en alta voz, criticar a gritos sentando cátedra — deplorable cátedra, desde luego — al propio tiempo que ofrecen "palos" para el día siguiente, si el referee se equivocó o si Fulano no estuvo en un buen día. ¡Y después hay que ver esas crónicas! "La enorme cantidad de espectadores", "la rivalidad existente desde muchos años", "las fuerzas parecidas", "los puntapiés penales que "pegan" en el travesaño", etc., etc., toda esa serie de frases imposibles con que se llenan columnas en esta época de carestía del papel.

¡Ellos, sin embargo, tan satisfechos y contentos! ¡Tan convencidos de que valen, con la misma facilidad se deciden a "escribir" la crónica de un partido de quinta división como la del más importante internacional! ¡Ellos son capaces de todo!

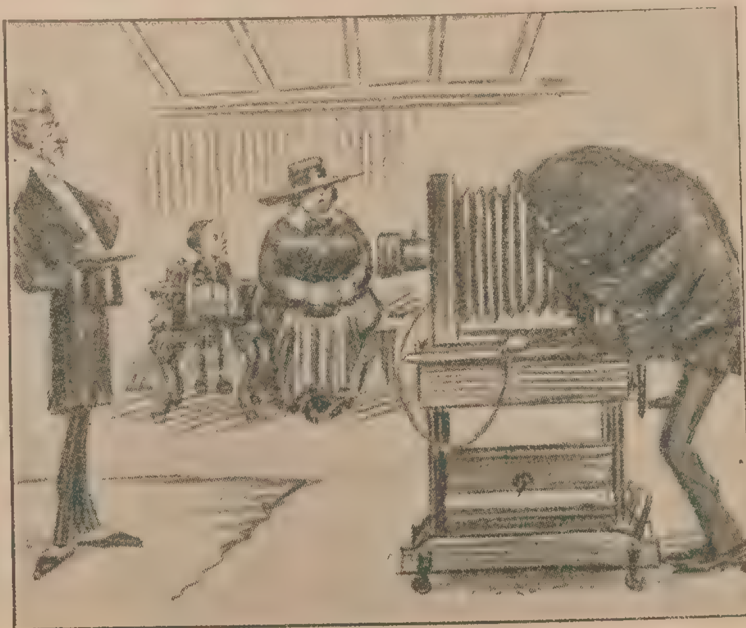
Felizmente, el psicólogo del football, el que ve las cosas como son, el que sabe hacer distingos entre esta clase de "periodistas" y los que por sus condiciones intelectuales y morales están a un nivel muy distinto; el que observa tranquilamente esta "caza afanosa del carnet", más afanosa en las vísperas de los partidos internacionales, mira con profundo dolor esa lamentable tendencia.

Así se malogran muchos buenos muchachos aficionados al football.

Son pésimos "cronistas" y peores "críticos" cuando mejor orientados, sin pretensiones excesivas y sin ambiciones que los sacan de sus medios, serían, sin duda, elementos más valiosos en otras manifestaciones de la vida.

Ernesto ESCOBAR BAVIO.
(Anatole)

PASANDO A LA HISTORIA



—¿Por qué esconde la cara? ¿También se asusta cuando papá se pone serio?

En 1766 murió en Londres un individuo que había lolgrado reunir, mediante operaciones de comercio y de bolsa, una fortuna de 60.000 libras esterlinas. Declaró heredero único a uno de sus primos, que no era negociante, con la condición expresa de ir todos los días a la Bolsa (el Stock Exchange), y permanecer allí desde las dos de la tarde hasta las tres. Ni la falta de tiempo ni sus asuntos debían ser pretexto para eximirse de cumplir esta obligación, y sólo en caso de enfermedad grave podía dispensarse de ella. No mediando esta última circunstancia bien comprobada, perdería toda la fortuna de su pariente, en el caso de omitir un solo día el cumplimiento de la obligación, y la herencia pasaría a manos de algunas asociaciones de beneficencia. Parece que el legatario, al establecer esta cláusula, tenía el propósito de rendir una especie de homenaje al Stock Exchange, en el cual había hecho su fortuna. Así convirtió al heredero en un esclavo de la voluntad de ultratumba. Jamás podía alejarse de Londres, excepto el día domingo, en que la Bolsa estaba cerrada, y debía ordenar constantemente su día y sus ocupaciones de tal manera que le dejaran libre la hora de dos a tres de la tarde. Pero, por otra parte, tenía aversión a las operaciones de Bolsa, y asistía a ella desde un rincón, sin hablar con nadie; apenas sonaban las tres, desaparecía. Era diariamente vigilado por las asociaciones de beneficencia, interesadas en su exactitud.

Puchitos

La imprenta en Rusia pasa por una situación tan crítica, que los editores han resuelto hacer imprimir en el extranjero las obras importantes urgentes y suspender todas las demás. Una de ellas que comprende varios volúmenes, se está imprimiendo en el Japón. La casa editora Pravo recurre a la fotografía, en vez de la tipografía, para la composición de sus libros: hace fotografiar página por página en el caso de una reimpresión y luego obtiene fotograbados con los cuales efectúa la impresión.

En un diario de la Alemania del Sur se lee este aviso significativo: "Un señor desea alquilar un par de botines durante tres semanas. Pagará cinco marcos por semana." Hay que tener en cuenta que en Baden-Baden, por ejemplo, un par de botines cuesta 375 francos y es preciso encargar su confección con tres semanas de anticipación.

Fernando Puttkammer, director de un establecimiento bancario de Berlín es un indivíduo que mide nada menos que 2 metros y 10 centímetros de altura y pesa 130 kilos. Como es diabético, las autoridades habíanle concedido doble ración de carne y triple de substancias grasas, suprimiéndole otros alimentos que por su enfermedad no podía consumir; lo que, en total, venía a ser 400 gramos de



—Ya ves lo mal que haces en beber.
—Me parece que no hago mal en beber, sino en caminar después de haber bebido.

carne y 240 gramos de substancias grasas por semana. Pero Puttkammer adquiría clandestinamente mayor cantidad de alimentos. Fué detenido y sometido a la justicia, acusado de comercio ilegal. El acusado ha presentado como defensa un informe de médicos y fisiólogos según los cuales para conservar la salud necesita, por día, 375 gramos de carne, 200 gramos de manteca y 3 ó 4 huevos.

Los cartagineses crucificaban a los jefes de un ejército que había sido derrotado y aun a aquellos que no habían adoptado todas las precauciones necesarias para lograr un triunfo completo. Entre los antiguos romanos, los soldados o grupos de tropas que no habían combatido bien eran apartados de entre los combatientes y alejados de la batalla. Era un castigo moral y material, pues no tenían derecho a participar del botín. También se les solía suprimir la ración de trigo y se les condenaba a alimentarse con cebada durante algún tiempo.

El Banco de Francia conserva en un cofre el primero de los documentos que constituyen su historia ya secular. Es el cuaderno manuscrito de sus estatutos primitivos. En el reverso de la página en que termina su texto, fechado el 24 de pluvioso del año VIII (13 de febrero de 1800) empieza la nómina de los primeros accionistas con sus correspondientes firmas. La primera dice: "Bonaparte, primer cónsul, treinta acciones". Siguen cuatro páginas de firmas.

En los Estados Unidos se ha hecho una estadística del valor de las pesquerías de todo el mundo. Se las estima en 500 millones de pesos oro por año, representados casi totalmente por los productos obtenidos de la pesca y un pequeño resto por las instalaciones, instrumentos y organizaciones comerciales. Los Estados Unidos ocupan el primer puesto: el valor de sus pesquerías es de 150 millones de dólares; las de la Gran Bretaña, sin contar sus colonias, de 52 millones de dólares. El tercer lugar corresponde a Rusia con 50 millones. Las pesquerías francesas representan un valor de casi el triple del de las alemanas.

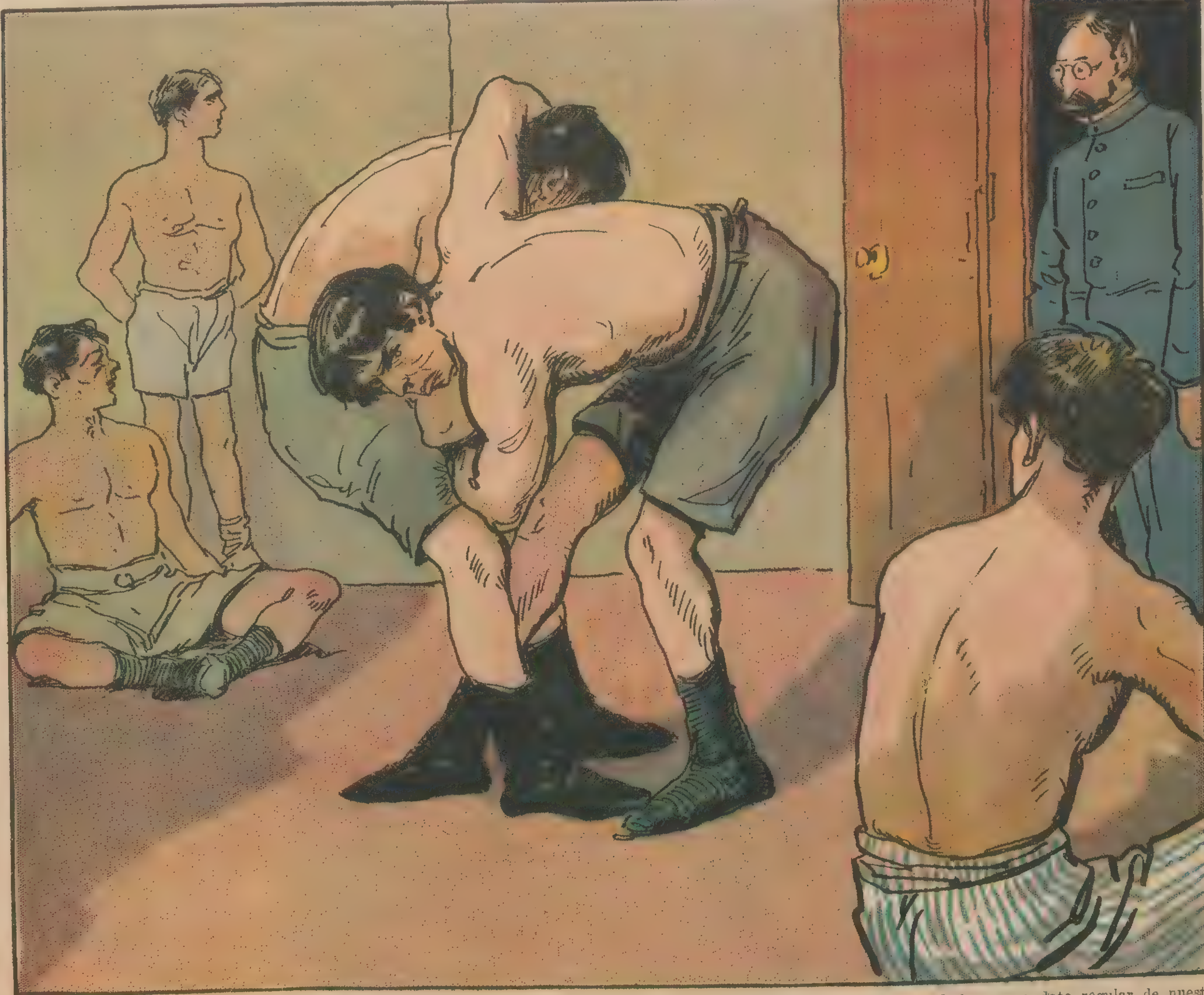
Un niño chino tiene un nombre hasta el primer día en que va a la escuela. En esta ocasión lo cambia por otro. Aquel vendría a ser su "nombre de leche" para designarlo como a los primeros dientes. Las mujeres tienen también dos nombres. El primero lo cambian en cuanto contraen matrimonio. No se trata del agregado del apellido del marido, como entre nosotros, sino de una sustitución del nombre personal.

En la Somalia son muy respetados los ancianos y los ricos.

Una de las rocas más curiosas del mundo es la "Roca encantada", del valle de San Saba, en Texas. Alta de 80 metros, ofrece a la luz de la luna una sorprendente semejanza con un inmenso castillo cuyas ventanas estuvieran brillantemente iluminadas. Este curioso efecto es debido al reflejo de los rayos lunares sobre numerosas superficies de cuarzo y pirita de cobre. Los indios Comanches miran esa roca como una de las habitaciones del Gran Espíritu y le guardan gran respeto.

El apretón de manos tiene indicios sobre la salud que no son sin importancia, tanto sobre el que lo da como sobre el que lo recibe. El apretón de manos seguro y franco de un hombre sincero y sano, es siempre un poco rudo, pero si esta rudeza pasa de las conveniencias del tacto y de la política, indica una debilidad momentánea de la voluntad, una especie de crispación. La mano que se tiende sin ánimo, sin presión, denota una debilidad que puede ser momentánea del cuerpo y del espíritu.

El "Oso de Anteojos"



A fines del año escolar la disciplina perdía mucho de su rigor, y Pironneau, nuestro compañero de la Escuela Superior, aprovechó de esa licencia para reclutar entre nosotros una cuadrilla de luchadores. Había prometido una representación digna de la antigüedad y como el más antiguo, un miedoso, se había negado a transformar su cuarto en arena, nos reunimos en el de Jacquemier. Los combatientes, semidesnudos, forcejeaban rudamente abrazados; la lucha adquiría un interés anhelante. Doblado bajo el brazo con que Bachardon le había rodeado el cuello, Juan Boucard, a quien llamábamos el "Oso de Anteojos", apretaba todavía a su adversario y procuraba hacerle caer; pero, poco a poco, jadeante, el Oso cedía y su derrota parecía inminente. ¡Solemne instante! Las pullas pretensiosas de Preciqué caían inadvertidas y quedaban sin respuesta las bromas fastidiosas de Ginsel, apodado "Molécula", humillado por no poder desempeñar un papel en una fiesta atlética. Por fin Boucard se desplomó arrastrando en su caída a Bachardon. El público aplaudió con entusiasmo y Pironneau exclamó:

—¡Pueblo: contempla! ¿Qué son los gladiadores, los titanes y Hércules ante este formidable abrazo del Oso de Anteojos?

En ese instante abrióse la puerta y se presentó el señor Grenouillet, nuestro celador, cuyo cráneo alargado le había dado significativa popularidad.

La severidad de Grenouillet era legendaria y nuestra clase, por poco alborotadora que fuese, había tenido que sufrir bastante de ese tirano.

—¡Muy bien, señores! ¡continúen!

—Es lo que hacemos,—contestó Pironneau.

—¿Y el reglamento?

—¿Acaso tenemos la culpa de que ustedes tengan un reglamento absurdo?—gruñó el Oso, que se incorporaba con los hombros amoratados.

—Veremos si esa es la opinión del señor Director.

—Mi estimado señor Grenouillet—dijo amigablemente Precigné—su algarada es ridícula; no somos colegiales para que un peón...

—Muy bien, señores; informaré a la superioridad.

—Agregue, si le parece, que le he llamado Torquemada sin convicción—dijo Jacquemier, que fumaba gravemente su pipa.

En ese momento, al ver que Bachardon se adelantaba con los brazos en alto para derribarlo, Grenouillet juzgó prudente iniciar la retirada, bajo la égida conciliadora del alumno mayor...

—¡No, no es posible que salgamos de esta cueva sin haber castigado a ese animal; sería insensato dejar impunes las maldades de esa fruta seca.

Boucard pedía venganza. Fué aclamado. Chadal quería que se exigiera al rector el envío de Grenouillet a la Guadalupe; Pironneau prefería imprimir en el cuerpo del culpable un tatuaje infamante; Molécula insistía en la conveniencia de tender alambres en una vuelta obscura de la escalera, y Jacquemier opinó que la muerte sería un castigo insuficiente.

¡Castigarlo! ¿pero acaso no había expiado bastante ese pobre bachiller de provincia llegado a París con aire de vencedor? Tuvo que renunciar a todas sus esperanzas, una por una. ¡Cuánta amargura en su existencia de impotente! Durante veinte años había visto sucederse las clases mientras él quedaba siempre entre el desdén de los profesores y el desprecio de los alumnos. ¡Veinte años! Y cada año aumentaba su sedimento de rencores y de envidias. ¡Pobre infeliz!

A las once de la noche el celador hacía su última recorrida de vigilancia; todas las luces debían estar apagadas. Esa noche debió sospechar alguna maquinación, pues lo vimos pasearse largo rato bajo los árboles del patio, detenerse de cuando en cuando y mirar hacia nuestras ventanas. Sonaron las once y media; se decidió entonces a entrar en el edificio pasando por el corredor de arcada; de pronto advirtió luz en el pequeño anfiteatro y corrió a abrir la puerta.

—Señor—dijéronle ceremoniosamente Pironneau y Lamberton—tenga la bondad de entrar: se le esperaba.

Y apenas entró, cerraron la puerta y corrieron el cerrojo.

El anfiteatro estaba iluminado débilmente por unas cuantas velas de luz temblorosa; de las paredes colgaban paños negros con divisas y detrás de la mesa de examen, cubierta con una carpeta negra, se hallaban Precigné, Jacquemier y Jouffroy.

—¡Señores: el acusado!—gritó Ginsel con su vocecilla nasal y penetrante.

Grenouillet fué llevado hasta junto a la mesa; lo hicieron sentar en un banco entre Pironneau y Lamberton. El presidente se puso de pie:

—En virtud de un mandato regular de nuestros compañeros, hemos sido encargados, señor, de exigirle explicaciones de su conducta.

—Haría mejor en preparar su examen, señor Precigné, y sus compañeros también.

—Es inútil, Grenouillet, que agrave su caso. Sepa bien que no está en presencia de mistificadores, sino de jueces, de jueces ante los cuales debe responder de acusaciones terribles.

—Sigan, señores, ya que eso les divierte...

Chadal empezó la lectura del acta de acusación, y luego de la enumeración de los delitos conocidos de Grenouillet, agregó: "Pero eran poco para este Nerón las persecuciones incesantes cometidas en nombre del reglamento; Grenouillet (retengan bien, señores, el nombre de este batracio fatídico), Grenouillet quiso hacer mal en grande y dos de nuestros mayores han sido reducidos a la miseria por las insinuaciones de este hombre, y Bréval, nuestro querido compañero Bréval ha muerto, asesinado por él!

—Acusado: ¿tiene algo que decir?

—Nada más que las mejores bromas son las que duran menos.

Se elevó en el salón un murmullo sordo. Grenouillet volvió la vista: ¡nadie reía!

—Pero... ¿es serio?

—¿Reconoce usted la exactitud de los hechos que se le imputan?

—No he hecho más que ejecutar el reglamento y no veo con qué derecho...

—Bien. Ujier: que vengan los testigos.

Luciérnaga, la víctima perpetua del maestro, se adelantó para reprochar a Grenouillet la forma de su cabeza, su amor culpable por la disciplina y su origen provincial...

—Diga más bien colonial—observó Chadal.

Luego Bosc afirmó que Bréval, durante su delirio le había dicho textualmente esto: "Muero víctima de Grenouillet: fué él quien desvió la aguja menor del cuadrante solar de las minas del Ecuador y que perturbando la marcha de la Osa mayor en el cielo de los tiempos nos ha precipitado en el abismo insondable de los años bisextiles. Pero ustedes me vengarán. ¡Venganza!"

El Oso de Anteojos se puso de pie con actitud airada y con voz vibrante, prolongando sus períodos redundantes, exclamó:

—¡No haya piedad para quien jamás la tuvo! ¡Condenen, señores, condenen sin compasión! ¡No haya perdón para el imperdonable! Bréval mismo envuelto en su sudario les grita: ¡maten!

—¿Qué es lo que están diciendo?... ¿Acaso el señor Bréval ha muerto?

—Acusado, ¡silencio! Tiene la palabra su defensor, el abogado señor Renaudin.

Este, vacilante y tartamudeando, se limitó a reclamar, en vista del estado mental de su defendido, el beneficio de las circunstancias atenuantes. Luego hubo en el anfiteatro un silencio religioso: los jueces deliberaban.

No había necesidad de contenerse: los mismos autores se sentían impresionados por la comedia que representaban. Ese salón de tribunal improvisado, el aparato funerario, la gravedad de los jueces y la fogosa elocuencia del Oso de Anteojos, dominaban el espíritu de los asistentes que llegaban a preguntarse si en realidad no estaban en presencia de un gran culpable. Todas las miradas se dirigían a Grenouillet y éste se estremeció, tuvo miedo y por la primera vez quizás una duda horrible cruzó por su espíritu.

—¡Señores! ¡Señores!

—¡Silencio!—grito Ginsel—¡el tribunal!

—Grenouillet, declarado culpable de todos los hechos imputados y sin circunstancias atenuantes, es condenado a muerte.

Y al mismo tiempo que Precigné pronunciaba la sentencia, caía una colgadura y aparecía Bachardon con todo el aparato del verdugo: enmascarado, con una casaca roja, de pie, apoyado en el largo mango de un hacha y junto a un leño como el empleado en las ejecuciones.

Grenouillet lanzó un grito, tendió los brazos como para ahuyentar una visión horrible y se irguió de repente.

—¡Van a matarme! ¡a matarme! ¡Es un asesinato! ¿Señor Precigné? ¿Señor Jacquemier? ¡Por favor!... ¿qué he hecho?... ¿qué he hecho? ¡Déjenme hablar, déjenme defenderme!... ¡No, señores, por favor!... ¡escuchen!... Pediré perdón... les daré explicaciones... ¡No quiero morir! ¡Señor Renaudin, socorro!

—¡A muerte!

Desfalleciente, extraviada la mirada, el condenado es llevado y arrodillado junto al leño... El hacha gira en el aire...

—¡La justicia de los hombres ha sido satisfecha! —exclama Jacquemier.

Estalla una formidable carcajada. Los ayudantes del verdugo acaban de dejar caer un trapo mojado en la nuca del condenado.

Los miembros del tribunal dejan sus asientos y todos se acercan al ejecutado para ver, a la luz de una vela, la cara que hace.

Como no se incorporara, el verdugo, con gesto magnífico, le toma la cabeza y se la echa hacia atrás: hubo un grito unánime. Bachardon soltó la cabeza y el cuerpo se desplomó inanimado.

El Oso saltó por encima de los bancos.

—¡Se ha desmayado!, ¡agua!, ¡pronto agua!

Inmovilizados por el terror, delante de esa cabeza que nos clavaba una mirada sin expresión, mirábamos, en medio de ese aparato siniestro, al verdugo y los jueces enloquecidos junto a su víctima.

Molécula apoyó la cabeza en el pecho de Grenouillet.

—¿Y?—preguntó angustiado Precigné.

Molécula hizo una señal: ¡el corazón no palpitaba!

—¡Corramos a la enfermería... llamemos a los mozos... hay que llamar un médico... avisemos al director!... Ven conmigo, Renaudin,—dijo el Oso.

—¿Y el escándalo? ¡Intervendrá la justicia!

—¿Qué hay que hacer entonces?

Nos aterrorizaban los ojos de mirada fría de Grenouillet; el espanto nos oprimía. Esperábamos un consejo cobarde. Ginsel habló:

—No digamos nada y llevémoslo a su cama.

Un segundo de vacilación; en seguida, se hizo desaparecer todo rápidamente: colgaduras, velas, leño... Entonces Boucard, Pironneau y Bachardon levantaron el cadáver y lentamente, por corredores apartados, lo llevaron a su habitación. Molécula quedóse detrás para dejar todo en orden, luego se adelantó, abrió las puertas y preparó el lecho.

Grenouillet no era pesado; sin embargo, los que lo llevaban sentían flaquear las piernas y correrles el sudor por la frente. Cuando hubo que desvestir al muerto nadie se atrevió. Pero, sin turbarse, Ginsel cortó la cuerda de la celosía, le hizo un nudo corredizo y la pasó por el anillo de que colgaba la lámpara: instantes después Grenouillet se había suicidado.

Sus funerales fueron impresionantes y nuestro dolor muy sincero; se lo vió bien cuando el Oso de Anteojos, Boucard, que debía pronunciar el último adiós a nuestro celador, se desmayó junto a la tumba.

Algunos días después todos los alumnos de esa clase, terminados sus estudios, egresaban de la escuela. Nadie había delatado el secreto y nos separábamos con cierto sentimiento de alivio, como cómplices que se temen. Más tarde, en la vida, nos hemos rehuído más bien que perdido de vista. No podría decir qué ha sido de todos mis compañeros; sólo supe que algún tiempo después de nuestra salida de la escuela, Precigné había tenido un duelo—se ignoraba el motivo—con Boucard; y el Oso de Anteojos había sido muerto en el duelo.

Juan JULLIEN.

La famosa leyenda de la Atlántida va a ocupar una vez más la atención de los sabios.

Conocíamos de ese país lo que de él nos dijo Platón en su diálogo "Timeo". Un sacerdote griego informó al legislador Solón de que, a consecuencia de un formidable terremoto, el Océano Atlántico había cubierto la Atlántida, una isla más grande que Asia y Libya.

El explorador Frobenius, encargado de una misión alemana de Togo, ha dado a conocer algunos curiosos recuerdos de la Atlántida, que ha recogido recientemente.

En excavaciones que ha practicado en Lousé, ha descubierto una cabeza antigua, de bronce, que tiene los atributos de Neptuno.

Según los indígenas del país donde ha sido hallada, tal cabeza representaba al fundador o jefe de un Estado desaparecido bajo las aguas, y a quien sus antepasados adoraban con el nombre de Olksom, es decir, dios de las aguas.

Cosa curiosa: la cabeza no representa a un tipo negro; es hueca, y su factura permite clasificarla entre las más bellas obras de la estatuaria griega.

Las leyendas del país hablan de un formidable cataclismo que en un día hizo desaparecer el Estado de Olksom.

La capital poseía un fuerte castillo rodeado de un altísimo muro.

El profesor Tamassia, de la Universidad de Padua, ha descubierto un nuevo método de identificación.

Se basa sobre la observación de las venas de las manos. M. Tamassia asegura que es más eficaz, más fácil y más expeditivo que el examen de las impresiones digitales.

La red es extremadamente variada, no solamente en los diferentes individuos sino aun entre las dos manos de un mismo individuo. Suponiendo que pudiera encontrarse cierta analogía entre las dos manos derechas, es imposible encontrarla también entre dos manos izquierdas. La gran ventaja del método Tamassia es su sencillez. Es necesario experiencia y observación para leer en las líneas delicadas de los dedos, pero cualquiera persona provista de una fotografía reconoce, según él, el dibujo de las venas de una mano.

La corriente eléctrica da siete veces la vuelta alrededor del mundo en un segundo. Tarda ocho minutos para llegar al sol (148.491.880 kilómetros) y cuatro años para llegar a la estrella Alpha (Centauro), la más cercana a nuestro sistema, o sea 8.603 miles de millones de leguas.



—Con tal que me quede una pluma para firmar la paz.
(Esta caricatura de la revista "Iberia", de Barcelona, fué prohibida por la censura española. Más tarde se permitió la publicación).





La Maravilla





Prestigiosa bailarina de rango español, que ha sabido teatralizar las clásicas danzas gitanas, no perdiendo por ello su belleza y sabor nativo. Su figura elástica y su gracia andaluza se revela en los movimientos que sabe imprimir a sus bailes, y al hacer girar su cuerpo cimbreante al ritmo de las castizas notas españolas, nos transporta en esos momentos a los cármenes de Granada, donde aún se respira entre nardos y claveles de color de sangre el bello recuerdo de los Abderramanes.



ECOS DE LA GUERRA



Muchos soldados norteamericanos trabajaron voluntariamente en los viñedos de los alrededores de Burdeos, en Francia, donde se requería una rápida recolección de las uvas para la fabricación de vinos.



Regimientos norteamericanos de tropas de color son empleados en Francia en la construcción de vías férreas, algunas de ellas permanentes y nuevas en la región.



"Minas. Peligro de muerte. Se prohibe entrar": cartel colocado en diversos puntos de Noyon, donde los alemanes colocaron explosivos. En esta fotografía aparece Clemenceau en su visita a la ciudad recién reconquistada.



—Les es imposible dejar de cumplir la orden.
(Una de las últimas órdenes de Ludendorff disponía que los soldados tomados prisioneros debían hacerse los ignorantes).

Baile de la paz, organizado por el Círculo de la Prensa



Los artistas de la compañía Podestá, que ejecutaron el pericón nacional, y parte de la numerosa concurrencia que asistió al baile realizado el martes de la semana anterior, en el teatro Coliseo. Vista obten'da durante un interv alo en la fiesta, que asumió las más brillantes proyecciones.



Las agraciadas con los primeros premios, asignados a los mejores disfraces y tocados.



Terceto de simpáticas "Pierrots".

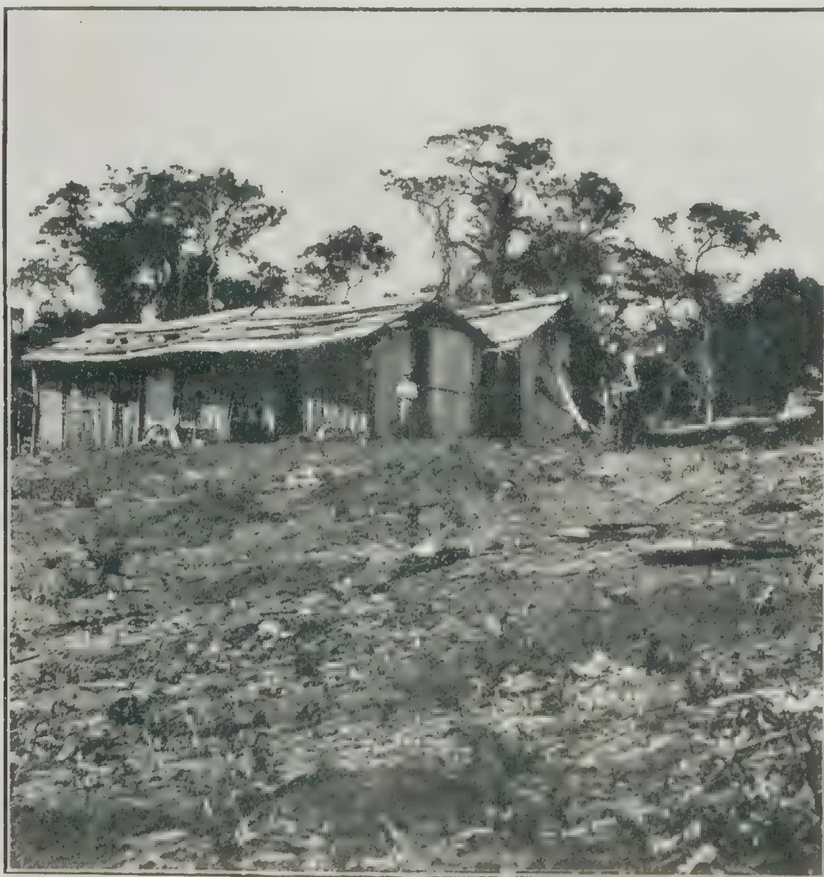


Un detalle de la sala, mientras transcurría la fiesta.

PAISAJES DEL ALTO PARANA



Puerto Britania



Ranchería de obrajeros



La casa más ''caté'' del pago

CINES Y VARIETÉS



SILVIA BREAMER



FANNY RODIER
Chanteuse internacional



CORINE GRIFFITH



MARION DAVIES



CAMPEONATO DE VETERANOS DE LA ASOCIACIÓN ARGENTINA DE FOOTBALL



De izquierda a derecha, de pie: señores L. Barbieri, F. Fuentes, J. Garibaldi, F. Briasco, M. Micetich. V. Decap (capitán), A. Reale, L. J. Dollenz. — Sentados: J. Anglese, M. Scotti, E. Bonatti, L. Cerezo, J. M. Elosio, M. Valentini y J. A. Farenga, que componen el team de veteranos A del Club Atlético "Boca Juniors", vencedor de los campeonatos correspondientes a las temporadas de 1917 y 1918.

DEMOSTRACIÓN



Parte de los concurrentes al banquete realizado el 21 del corriente en el Hotel Larre, que un núcleo de amigos del señor Pedro B. Alcuaz le ofreciera con motivo de su actuación al frente del juzgado de paz de la sección décimosexta.

NUEVOS OFICIALES DE LA MARINA MERCANTE NACIONAL, RECIENTEMENTE INCORPORADOS



Sr. José H. Chiodin



Sr. J. R. Rodríguez Villanueva



Sr. Rodolfo López Bentos



Sr. Armando Rudolf



Sr. Marcelino Giangreco



Sr. Alberto E. Garriga.



Sr. Juan Ferro



Sr. Francisco Prestianni

NOCHEBUENA



Dib. de Macaya.

En la fonda "Calda de Reyes".
—¡Déixame de paradogas, Jaspar! Brindu... brindu por... por...
—¡Fabla, Jabriel! ¿Por quién brindas ti?
—Por... por ela, por a prima Guesusa, jacela de mis ensueñus y anguel de mis desvelus...

UN POCO DE SINFONÍA



La banda de música de la compañía de tranvías Anglo Argentina, formada por motor men y guardas de la misma. Su director sostiene que a peso igual, vale decir, a 25 profesores por bando, no le tiene miedo a la municipal del biondo y engalonado Malvagni, a cuyo efecto desde ya, lo cita y emplaza, donde caiga y cuando quiera.

ARBOL DE NAVIDAD



Vista parcial de la concurrencia que asistió en la noche del 23 del corriente a la fies ta de Navidad realizada por la compañía de "Boy Scouts Buenos Aires", en su local de la calle Solís 461, convenientemente adornado por iniciativa municipal.

EL 32.609



Grupo de personas estacionadas frente a la agencia de lotería situada en la Avenida de Mayo, 838, donde se vendió el billete premiado con el millón. Perdida la esperanza de atrapar esa unidad seguida de ceros, es para muchos un consuelo visitar el sitio en que estuvo ex puesto el mágico trozo de papel numerado.



Carteles humorísticos exhibidos en las vidrieras de las agencias, durante el proceso de la jugada del millón, la cual va adquiriendo cada año caracteres más pintorescos, hasta que el público, harto de mofa, decida reaccionar de una vez.



El señor Kalman Laser y su esposa, propietarios de la agencia "El Congreso", Avenida de Mayo, 838, donde se vendió el billete de lotería número 32609, que resultó premiado con un millón de pesos.

LA KARABA

En la patria de Trajano, y distante una legua al Oeste de la capital del Betis, se alza hoy, junto a las célebres ruinas de la “Itálica famosa”, un humilde pueblecillo llamado Santiponce, que, cual burbuja desprendida de la metrópoli sevillana, dormita en la llanura bajo el austero recogimiento con que saturan el ambiente de aquellos lugares los históricos y resquebrajados muros que aun se mantienen enhiestos, como esforzándose por testimoniar la leyenda de los siglos.

Una vez cada año, desecha Santiponce su marasmo habitual, para incorporarse momentáneamente a la agitación y movimiento de los pueblos en auge. Esta inusitada transmutación verifícase durante los días que comprende la feria rural que allí se celebra y que por coincidir en la época con una de las que se efectúan en Sevilla, adquiere relativa importancia, gracias al elemento que acude de esta última ciudad.



Fué en Santiponce, y en una de las ferias, cuando cierta vez ofrecióse a los ojos de los transeuntes, alineada con buñolerías y puestos de turrón y otras golosinas, una destartalada barraca, construída con retazos de madera vieja y carcomida. Un colgajo de percal descolorido, pendiendo a modo de cortina, cubría el hueco de entrada; y sobre ésta ostentábase un enorme cartelón, donde, encerradas entre gruesas admiraciones, y escritas con inseguros trazos, s[illegible]an estas palabras: “¡¡Er gran felómeno!! ¡¡La Karaba!!”

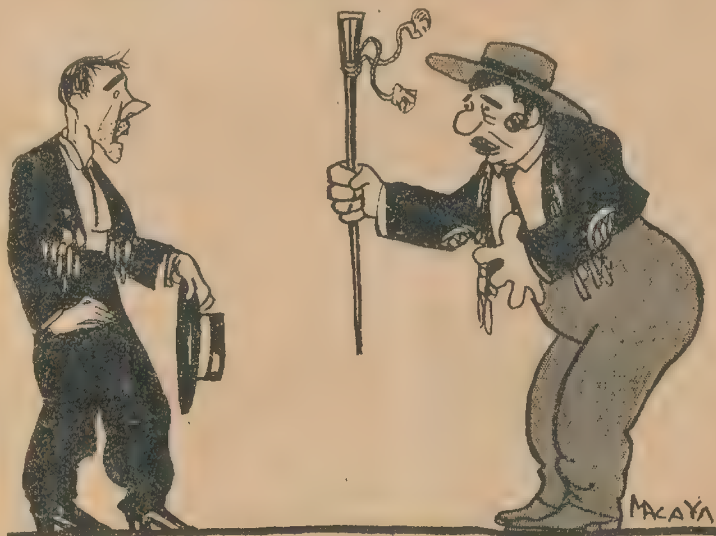
Un hombre joven todavía, de rostro atezado y revuelta cabellera, vociferaba, gesticulando, junto a la puerta del “establecimiento”: “¡Adentro, zeñore, y veréis por veinte zéntimo la karaba, er gran felómeno que ha yamao la atención! ¡Vayan pazando, cabayeros, que ze va a erzibí mu pronto ante er respetable público! ¡A veinte zéntimo la entrada!”; y un vigoroso redoble que sus manos imprimían sobre un tambor decrépito sujeto a su cintura, estallaba en los aires cortando con su eco sonoro la última frase de la perorata.

Breves minutos de silencio bastábanle para recuperar fuerzas, y sus poderosas fauces continuaban con iguales bríos repitiendo el recitado anterior, una, diez y hasta cincuenta veces más, seguido en todas ellas de la correspondiente “partitura”, ejecutada sobre el parche. Bien pronto, la dominadora curiosidad, congregó allí una compacta muchedumbre, cuyas ávidas pupilas, fijas en el cartel anunciador, entreveían una espeluznante sorpresa encerrada en aquel vocablo sugestivo, que hubiera hecho palidecer a cualquier poliglota diplomado. El contingente de cabezas humanas crecía a cada instante, y las oleadas que afluían de todas direcciones, iban apiñándose frente a la barraca, reflejando en los semblantes un ansia inquisitiva. Durante algunos minutos reinó la indecisión entre las filas, permaneciendo inactiva la masa de curiosos. La desconfianza ingénita hurgaba en aquellos cerebros palurdos, y contrarrestando el anhelo de inquirir lo desconocido, jugaba al tira y afloja con la voluntad, coartando la acción apenas intentaba manifestarse el impulso; pero el “panegirista”, hombre avezado a la lucha con sus congéneres, que acechaba el momento psicológico indicado para romper el equilibrio, lanzó a tiempo una estentórea invitación, especialmente concebida para el instante oportuno, y que, apoyada por uno de los más furibundos redobles, tuvo el mágico poder de ahuyentar la inercia que ya se presentaba con caracteres peligrosos.

Al fin, uno se destacó del núcleo, avanzó despacio, casi con cautela, seguido de la mirada de los demás, y pagando la entrada a un segundo personaje que sentado ante una pequeña mesa y con el sombrero inclinado hacia los ojos, ejercía las funciones de boletero, alzó el trozo de percalina y penetró resueltamente al interior de la barraca.

A este espectador siguió otro, y después otros, iniciándose un desfile lento y moderado al principio, para concluir precipitándose entre codazos y empujones hacia dentro del local. El parche, en tanto, atacado furiosamente, vibraba triunfante, completando con su redoble la victoria, como carga de caballería lanzada sobre el desbande enemigo.

Ya repleta de público la barraca, donde se oía un rumor de océano, se presentó nuestro héroe, desembarazado del tambor que con tanta eficacia había actuado; repentinamente acalláronse a su vista los murmullos de impaciencia, y dirigiéndose a un rincón donde un pedazo de arpillera, cortando el ángulo en ochava, cubría un corto espacio de terreno, exclamó en medio de un silencio solemne: “¡Respetable público: en este momento ze va a erzibí la karaba!” Aquellas palabras sonaron en los oídos de los espectadores como un mensaje apocalíptico, y mientras la concurrencia, poseída de temerosa ansiedad, aguardaba con los ojos desencajados y el ánimo suspenso, el hombre descorrió con mano firme la tela y quedó al descubierto la desmedrada figura de una senecta y escuálida vaca, en cuya cerviz, encallecida por el yugo, ostentábase el más elocuente testimonio de sus luengos años de activo servicio. El animal, con la mansa expresión de sus adormecidas pupilas, e indiferente en absoluto a cuanto tenía en derredor, frotaba acompasadamente sus largas quijadas, entregado a la más pacífica de las rumias, mientras el exhibidor, adoptando la gallarda apostura de un héroe de leyenda, permanecía erguido con altivez, dispuesto a afrontar estoicamente la cólera de la multitud, y reflejando en su inmutable rostro, blanco de todas las miradas y de todas las iras próximas a estallar, esa enorme potencia llamada osadía, ante quien frecuentemente se rinde el dios Exito, tantas veces esquivo a la virtud, al valor y al genio.



Durante breves instantes imperó en el auditorio ese estado de parálisis y asombro con que los grandes rasgos de audacia suelen dominar la voluntad de las multitudes, pero así que hubo pasado el primer momento de general estupefacción, sobrevino con violencia la reacción inevitable, estallando un sordo clamoreo que rápidamente ascendió de tono, hasta alcanzar la categoría de rugido colectivo. En el aire, poblado de terribles amenazas, agitóse todo un bosque de nudosos garrotes representativos de los céntimos birlados; la barraca entera se tambaleó desde sus cimientos con siniestros crujidos de hecatombe; y cuando las iras convergentes de los lesionados bolsillos, promisoras de un trágico epílogo, abrían las válvulas por donde desbordar su incontenible furia, la Providencia, piadosa y oportuna, intervino afectando la forma de unos cuantos policianos resueltos que, charrasca en mano, hicieron irrupción en la barraca, malogrando el lógico desenlace de la obra.

Los dos socios que constituían la empresa del “espectáculo”, bifurcaron sus rutas, obedeciendo, indudablemente, a un plan preconcebido de antemano. Uno de ellos, el boletero, como era natural, “voló” con la fiel compañía de los ingresos habidos en el negocio, sin que nadie supiera su paradero. El otro, o sea el “apologista” del “felómeno” fué tomado con éste, bajo segura custodia, y poco tiempo después comparecían ambos ante la primera autoridad local.

El señor alcalde, perfectamente informado de los sucesos, contempló al bípedo y al cuadrúpedo durante largo rato; y como si quisiera deslindar responsabilidades por la expresión de las caras, repartía las inquisitivas miradas de sus escudriñadores ojillos, entre el acusado y la “pieza de convicción” que, aun en su presencia, continuaba la inocente tarea de masticar, una y otra vez, el bolo alimenticio.

La plena prueba de la culpabilidad del detenido, y la indignación que levantara en su ánimo la cantidad de osadía que advirtiera en aquel prójimo, fué bastante para que el señor alcalde, apretando fuertemente el bastón de mando que sostenía en su diestra, se sintiera impulsado a utilizarle, no como símbolo de su jerarquía, sino como instrumento ejecutor de sumaria justicia, aplicándolo concienzudamente, y sin más trámite, sobre la cabeza del reo; pero, aunque mal de su agrado, contúvole el recuerdo de su investidura, y, eso sí, después de prodigar al acusado una copiosa serie de epítetos circunstanciales, fuera de la jurisprudencia aplicable al caso, preguntóle, rojo de cólera:

—¿Cómo ha tenido usted valor para engañar al público con semejante descaro?

—¡Yo no he engañao a naides, zeñó arcarde!

—¿Se atreve a negarlo?... ¿No anunciaba usted que exhibiría la karaba?

—Zí, zeñó.

—¿Y por qué llama la karaba a una vaca vieja?

—¡¡Pué, por ezo mesmo, zeñó arcarde, porque ántes araba y ya no ara!!...

José de ROBLEDO.

Actualmente es Nueva York el mercado de juguetes más importante del mundo. El volumen anual de la industria, a precios al por mayor, asciende a 75 millones de dólares. La mayor parte de la producción se exporta a las grandes ferias de Europa y de Asia. En lo tocante a juguetes mecánicos y juguetes de hierro, hojalata, plomo y latón, Nueva York ocupa el primer puesto desde hace veinte años.

En estos últimos años se han establecido muchas fábricas de juguetes de madera en las regiones madereras donde los desechos de las serrerías constituyen una excelente primera materia para los jugueteros y puede obtenerse a precio tan bajo que es imposible la competencia.

Los fabricantes neoyorquinos de juguetes tienen en vigor 9.583 patentes extranjeras, las cuales les aseguran un buen mercado para sus productos en países que cuentan en conjunto 200 millones de niños.

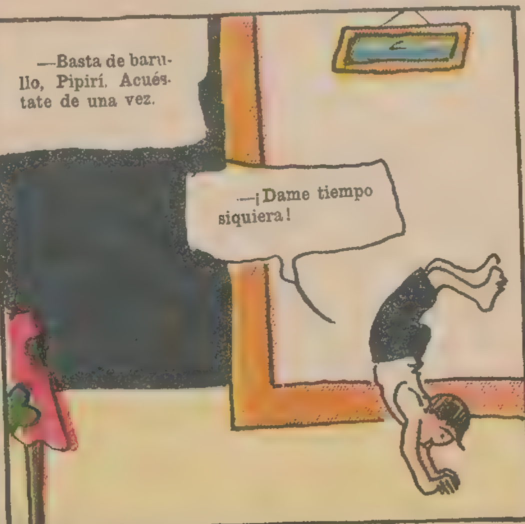
Las exportaciones comienzan en julio y se sostienen en progresión creciente hasta fines de octubre, que es cuando se envían los destinados al consumo en la época de Pascuas.

En Nueva York hay actualmente 125 fabricantes indios, que hacen preciosos trabajos en cestería, cuentas de cristal, etc.

Los muñecos de plata los fabrican mujeres y se venden en todos los países. Una señora de Brooklyn, que empezó hace pocos años a hacer muñecos de trapo para una tienda, tiene ahora trescientas oficialas en su fábrica, y da trabajo a 500 más, que trabajan en sus casas. Otra señora, que se dedicó a hacer muñecos negros muy bien vestidos para las familias negras acomodadas, ha llegado a montar una fábrica que exporta mucho al Norte de Africa.

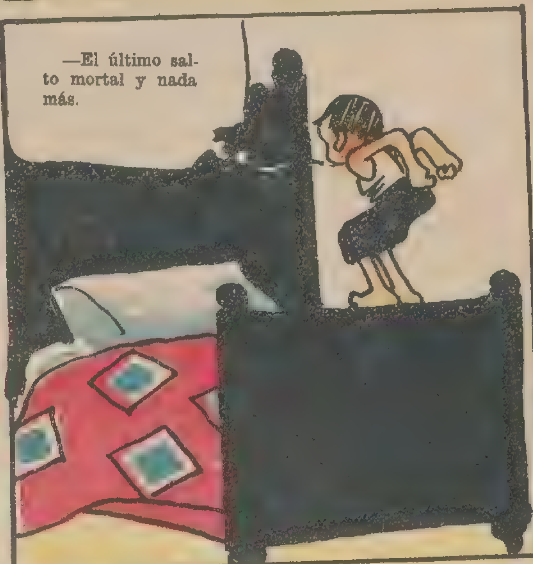
PAGINA INFANTIL. --Las Aventuras de Pipirí.











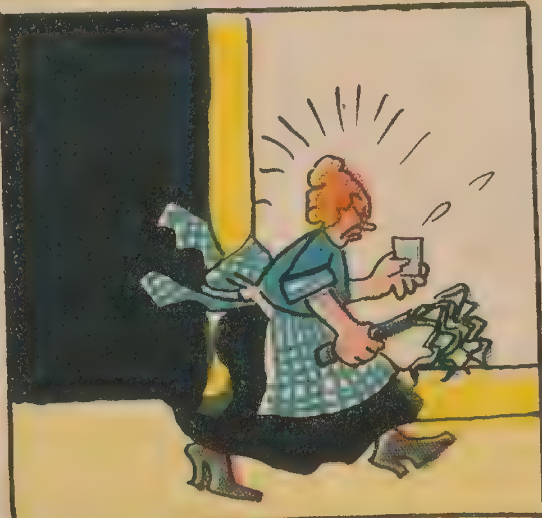














EL AZÚCAR

En resumidas cuentas quedamos en que es indudable y definitivamente cierto lo que todo el mundo afirmaba: el precio de venta al público del azúcar, precio de explotación inicua, no tiene más causa que una maniobra criminal de los especuladores. En los depósitos de la Aduana hay millones de kilos de azúcar detenida allí intencionalmente por capitalistas acaparadores que así provocan la carestía del artículo y elevando los precios obtienen ganancias brutales. Al mismo tiempo se ha descubierto un absurdo penoso y grotesco: el gobierno, empeñado en abaratar el azúcar, creemos que con la mejor intención aunque con escasa energía, resulta cómplice—creemos que involuntario—de los explotadores. En efecto, los depósitos de la Aduana están sirviendo como local para acaparar el artículo; y más aún: los explotadores pueden inmovilizar el enorme capital que representan los millares de bolsas detenidas porque los bancos les acuerdan créditos garantizados por el mismo stock de la mercadería abarrotada. Y es así como los bancos, instituciones formadas con el dinero del pueblo, prestan ese mismo dinero para la explotación del pueblo.

Monedas antiguas

Los diarios de Budapest anuncian que el 17 de julio un campesino de Zagreb, mientras araba su heredad cerca de Komin, descubrió enterrada una vasija llena de monedas antiguas. Este hallazgo que ha pasado al Museo húngaro es de gran valor. Comprende más de 18.000 monedas, todas ellas en perfecto estado, es decir, en el mismo estado en que las enterró su dueño, quién sabe con qué intención, hace más de mil quinientos años. Vése en ellas toda una serie de efigies imperiales. Los emperadores Galiano (años 253 a 268 de nuestra era) y Claudiano II (años 268 a 270) son los que figuran con más frecuencia: de 7100 a 7600 monedas de cada uno. Salomina está representado por 1000 monedas y Aureliano por más de 800. La más antigua contiene la efigie de Caracalla (años 198 a 217) y la más reciente emana del emperador Tácito que acuñó moneda el año 276. Sin duda en este último año fué enterrada la vasija con el tesoro.

Efectos del frío

Generalmente el primer efecto de una exposición larga al frío extremado, es la pérdida de la energía tanto física como mental, seguida de deseo de permanecer inmóvil; las facultades mentales se entorpecen e igualmente los sentidos, y la víctima se ve apoderada de un deseo irresistible de dormir, y después de este sueño, pasando por el estupor, se produce la muerte. En algunas ocasiones tales síntomas vienen precedidos de otros semejantes a los de la intoxicación, debidos a ciertas propiedades de la sangre, la cual en temperaturas bajas no puede adquirir suficiente cantidad de oxígeno, causando efectos perniciosos en el sistema nervioso.

En la retirada de los franceses de Moscou durante la campaña napoleónica, se observó que los soldados más afectados por el frío parecía que estaban envenenados. Quejábanse de no ver bien, y el estupor letárgico se aumentaba en ellos hasta el extremo de serles imposible levantarse del suelo. También hay ejemplos de personas que se han vuelto locas y han fallecido a causa de una larga exposición al frío.

Día de recibo

A Angel A. Méndez.

—¡Mamá, mamá!

—¡Jesús, m'hija! ¿Pero qué pasa, Dios mío?

—El señor ese, mamá, el alemán. ¡Y con cotorra embalsamada, mamá!...

—Hacelo pasar a la sala, Remedios. Atendelo que yo ya voy. ¡Mecha!

—¿Qué querés, mamá?

—El colorote, m'hija, y los sapatos con taco cubano. ¡Y con una cotorra!... Pero qué hombre, ¿no?...

—¿Quién, mamá?

—¿Qué no te acordás del alemán Kategat?

—¡Ah, sí! ¿Está?

—En la sala, Mecha. ¡Apurate, che!

Salita de circunstancias regeneradoras. Un bromuro del Apósto', con banda y chaleco, en la pared empapelada en buena parte con manifiestos de vísperas electorales. ¡Una oleografía del Parque. Item más, un Beiró, campeón de la poda libre, en postal iluminada y con sustanciosa dedicatoria. Sobre la cabeza de una Venus de yeso flanqueada por dos perritos de miga de pan Le Breton, cuspidea una boina, santa reliquia. Descan a aquélla en una mesita de laqué por mensualidades. Las inevitables "corbeilles" de papel. Un piano "pas" de "forte". Retratos de familia. Un brasero de pie que dice de pasada estación invernal. Almanaques surtidos, destacándose por "su buen gusto" el del aserradero Carrore y Zaldúa, "puertas, ventanas y leña para manifestaciones aliadófilas".

—¡Qué cran capetza! ¡Qué frende!

—Tan talentoso, ¿no?... Las otras noches, decíamos el concejal Poggi, de sobremesa, que al lado de él, d'ese futuro procer, Sarmiento es un poroto y Mitre una lenteja.

—Diene sin tuda alcunos rascos te cofernande exdraortinario. ¡Es un mirlo blanco, senhiorida Remetios!...

—Cómo que está haciendo una presidencia ejemplar.

—Diene, sopredodo, pasnande alco mucho más fisda. ¡Fe claro, senhiorida!... Bor eso, él no lanzó al bais te él al dorfellino tel quere, bara serfir te escalera a esa pasura te Ingladerra. Alcun tía, argentinisches le lefandaran un esdadua.

—De bronce, ¿no?

—¡Oh, sí, claro, senhiorida Remetios! El esdadua te él nunca esdará un esdadua te mica te ban bor comer, como ese perito que esdá dando a fafor como a estrifor tel Venus con foina tel Barque.

—Pero cómo lo combaten, señor Kategat. Da lástima, ¿no? Todos le caen. Y yo no sé por qué, señor. Aquí, nosotras, en el barrio, tanto mamá como yo y Mecha, nos hemos quedado sin relaciones. Figúrese que hasta el almacenero de la esquina, que antes era su ídolo, ahora lo descuelmina vuelta a vuelta, en el voto secreto de las urnas del comicio libérrimo, magno y ejemplar. ¡Pero asiéntese, Kategat, asiéntese!

—Cracias, pasdande mucho cracias. ¿Ese es Feiró?

—Beiro, sí. ¿Lo conoce?

—Alco. Yo mucho simbadía bor tocdor Feiró, teste que fuí tenido conocimiendo que él teseapa el fiedoria te Alemania. ¡Mucho capetza!

—Es una monada... Vale lo que pesa... Y tan atento, ¿no?... Las otras noches nos llevó en una volanta de la superintendencia de mercados al espigón de Quartino y nos convidó con helados y masitas en un kiosko del balneario. ¡Mamá lo adora! Y tan servicial, ¿no?... A Pedrito, mi hermano, lo empleó en un santiamén.

—Seré curioso, senhiorida Remetios. ¿En qué oficino?

—Desova en la defensa agrícola; es langostero.

—¡Felices los ojos que lo ven, Kategat!...

—Senhiora Bancha...

—¡Pero asiéntese! Ya sabe qu'está en una casa de la causa, y por lo tanto, sin cumplidos. ¡Mecha!

—Mamá.

—Cebá un matecito, m'hija, ¿querés?

—Sí, pero... este... ¿y la yerba, mamá?

—¡Jesús, chica! Andá a mi cuarto y sacá una de veinte del bolsillo de mi pollera negra, qu'está colgada al lao del cajoncito de los botines de prunela, Mecha. ¡Apurate, che!

—Que no compre en lo de ese, mamá.

—Tenés rasón, Remedios. ¡Pero qué pícaro!, ¿no?... ¡Che, Mecha!

—Mamá.

—Trae la yorba del almacencito de Pepe Berruga, aunque tengás que caminar media cuadra más. ¡Ah, Dios mío y María Santísima! ¡Qué lucha con estos bolicheros antipresidenciales!

—Hace usdé fien en foycodearlos, senhiora Bancha. ¡Pasuras!

—¡Miren quien! ¿Yo?... ¿Yo, Benita Anido de Minuto?... Porque yo, ¡yo la de Minuto!, ¿sabé?, antes de comprarle cinco de sal gruesa a esos pícaros, prefiero no hacer puchero y pasarme el santo día a puro mate y biscochos con grasa.

—El made pasdande mucho fueno. Yo, andes, no made; ahora, sí made.

—¿Desde cuándo? ¡Cuente, Kategat, ¡cuente! ¡Pero qué gracioso!, ¿no?

—No se haga de rogar...

—¡Eso nunco, senhiorida Remetios!

—Bueno. Cuente, entonces.

—Yo, andes, no made; pero cuanto gat, cuente! ¡Pero qué gracioso!, cambos y parfas, tisfrasato te fasco dambero, yo embecé a domar mate, unos feces tulce, odros feces amarco.

—Tan estimulante, ¿no?... Aquí, nosotras somos las más materas. ¡Ah, la yerba!

—Diga, Kategat, incendió muchos campos?

—Un farfaritát te elhios, senhiorida. En un sólo noche, quemé tiez parfas te un crinco biamondés que se buso a rafiar como un bichicho hitrófopo. Me diró un chumpo te escobeda, pero no me hizo ni el cola. ¡Pasura!

—¡Qué patriótico!, ¿no? Así, yo se lo decía a mi compadre Beiró, a la poética vera del espigón de Quartino y al arrullo del céfiro de la brisa del Plata anchuroso, las otras noches: —"Para patriotas, los alemanes".

—Cracias, pasdande mucho cracias. ¿Y su nofio te usde, senhiorida Remetios, haflanto te odro coso?

—Rompimos. ¡Ay!...

—¡Caramfa! ¿Y borqué?

—Por... por... ¡Ay!

—¡Dejame hablar a mí, chica!

—¡Pero, mamá!... Jesús...

—Yo sé lo que te digo. Vea, Kategat: el partido no era malo, es cierto.

—Cien... ciento o... ochen... ochenta pe... pesos...

—¡Callate, pingo! Yo, ¿sabe?, fuí quien lo puse de patitas en la calle, ¡en la calle, como oye!

—¡Oh! ¿Bero borqué, senhiora Bancha?

—Por oligarca, ¿sabe?

—¡Fien hecho, bero pasdande mucho alco más fien hecho! ¡Odro pasura!

—Es ra... radical di... disi... disidente, mamá; es co... como... I...

—¿Cómo quién decís?

—Co... como I... Italo A. Na... Nápoli.

—¡Y te atrevés nombrar al leader del que fué tu novio, Remedios, a ese maximalista?

—¡Oh, carampa! ¡Eso es crafe!

—¡Un maximalista perdido! Con decirle, Kategat, que ha fundado un centro obrero radical...

Félix LIMA.

Desde los tiempos más remotos, el sueño de los químicos ha sido el convertir los metales ordinarios en oro. Se dice que los antiguos poseían un secreto para efectuar esta maravillosa transformación; en el Museo Histórico de Berlín existe una puerta de oro sintético, extraída de las ruinas de Herculano.

Desde hace treinta años, Lewis C. Smith, de Nueva York, ha venido verificando exploraciones y estudios en las ruinas de Egipto y llevando a término dispendiosos experimentos en laboratorios de su propiedad, con el objeto de hallar la clave de aquel secreto. Parece que últimamente ha logrado producir un metal muy semejante al oro, combinado, en cierta forma, cobre, aluminio y otros ingredientes cuyo nombre mantiene en reserva. Lewis ha dado a dicho metal el nombre de "Dirigold"; se dice que puede ser fundido cincuenta veces consecutivas sin que pierda su color, y que posee la misma maleabilidad, contextura y pureza del oro. El agua salada no le causa ni la más leve alteración y el ácido nítrico lo afecta sólo en forma muy leve.

El nuevo metal puede ser empleado en todos los casos en que se usa el oro y su precio es muy bajo.

El canal de Suez tiene 160 kilómetros de largo, y el canal de Kiel 96.

La travesía de Suez se hace entre 16 y 22 horas de vapor a marcha regular, y la travesía del Báltico toma sólo 13 horas.

El canal de Kiel se hizo en tres años, y el de Suez en diez años y medio, y el primero costó 156 millones de marcos, mientras en el segundo se invirtieron 488 millones de francos.

Serenata de Año Nuevo

(Escena callejera)

PERSONAJES: Pedro, Baldomero y Nicasio, tres farristas pacíficos; el oficial **Talavera**, el sargento **Medina** y el agente **Piñeiro.**

Son las dos de la mañana, y después de cinco horas de garufa "noctambulera" y con los nueve pınt s en el motor del estómago, Pedro, Baldomero y Nicasio salen del laboratorio alcoholístico de una borrachería, dispuestos a dar una serenata a varios amigos y saludarlos por ser día de Año Nuevo.

Los tres amigos, que forman un terceto de músicos criollos: bandoneón y dos guitarras, antes de emprender la marcha entablan un diálogo:

Pedro.—Che, Baldomero, ¿se vamo del cabo Rolón a darle una serenata en la ventana y saludarlo por ser día de Año Nuevo?

Baldomero.—Tengo pavura que nos suceda lo mismó qu'el año pa ao, cuando fuimos a darle serenat'al gallego Ramón, ¿te acordás? que nos fletó pa la comisaría el sargento Romero, con orquesta, repertorio y todo.

Nicasio.—No siempre ha'e ser lo mesmo.

Baldomero.—El gato escaldao...

Pedro.—No seas gallina... De todos modos, si nos llevan a la comisaría, l'ejecutamos un tango al comisario, qu'es más criollo qu'el locro, lo conquistamos y ahí nomás, sob:'el pucho, nos larga...

Baldomero.—Pal departamento.

Nicasio.—Cha, digo, que sos ave de mal agüero.

Baldomero.—Yo digo nomás... Po mí... vamos si quieren.

Pedro.—Alantunce, metele a la marcha "La liga de las naciones"... y... ¡avanti bersaglieri!

Y Baldomero rompe el silencio de la noche con una marcha guerrera que ha compuesto para dedicársela al apóstol de la libertad, el presidente Wilson.

El agente Piñeiro, que está de parada en la bocacalle, a la mitad de la cuadra, les interrumpe la marcha.

Agente. — Vamos a ver, anijites, ¿quién les ha dado primiso pra tocare a estas horas?

Pedro.—Vea, agente, dispense; vamos a saludar al cabo Rolón por ser día de Año Nuevo.

Agente.—Son las dos de la madrujada y ustedes meten mucho bochinche.

Nicasio.—Pero, agente, no se' así... al fin y al cabo... es al cabo Rolón, colega suyo, que vamos a festejar.

Agente. Por mí no sería nada, yo los dejaría, pero si llega a venir el sarguento puede darme una cafetiada.

Baldomero.—¿Quién está de ser icio?

Agente.—El sarguento Medina.

Pedro.—Entonces no hay cuidao; es amigo nuestro y no v'a decir nada.

Agente.—Nu m'enjañen, ¿eh?, porque si no, los llevo sin remedio a la cafúa.

Nicasio.—Que vamos a engañarlo... Vea, agente, tome un traguito d'este guindao qu'es muy bueno pa la gripe.

Agente.—La jiripe ya tomó pasáporte para otro mundo; la desalogamos de éste.

Pedro.—Güeno, aunque más no sea que pa enjuagárs'el garguero y saludar el Año Nuevo.

Agente.—Eso sí, para el jarjero, sí (y empuñando la botella le da un sonoro beso al guindao). ¡Recontra! ¡Vaya un jindadito que se traen de contrabando!

Pedro. — Tómese otro trago, si gusta.

Agente.—Eso es lo que voy a hacer (y se prende nuevamente, como esponja, a la botella). Muchas jracias... Ya lo saben, cuidadito con el sarguento. (Se oye un toque de ronda). ¡El sargento! Si me l'eja a ver aquí, estoy perdido.

Sargento (montado a caballo). — Agente Piñeiro, ¿qué está haciendo ahí con ese grupo de gente?

Agente.—Nadà, sarguento... Estoy diciendo a estos góvenes que es prohibido tocare serenatas a estas horas.

Pedro.—¿Cómo le va, sargento Medina?

Sargento.—Hola, Pedro, ¿qué tal Baldomero y Nicasio? ¿Qué andan haciendo?

Baldomero. — Vamos a saludar al cabo Rolón.

Pedro.—¿No quiere echar un trago, sargento?

Sargento.—No bebo estando de servicio (a Piñeiro). Vea, agente, váyase a la parada nomás, estos son muchachos pacíficos.

Agente.—En sigida, mi sarguento. (toca ronda y hace mutis, refunfuñando entre sí). (El sarguento me da esquinazo pa prendérsele al jindao. Te mancho el tiempo, ranún).

Baldomero (alcanzándole la botella a Medina).—Tome, sargento.

Sargento (bebiendo). — Salud, muchachos, y feliz Año Nuevo.

Nicasio.—Gracias, sargento. Muchas felicidades.

El oficial Talavera llega en ese momento y se acerca al grupo de gente.

Oficial.—¿Qué es lo que hay, sargento Medina?

Sargento.—Nada, mi oficial.

Oficial.—¿Y este grupo de gente?

Sargento.—Son unos muchachos conocidos que andan festejando el Año Nuevo. Ya se van a retirar. Van pa lo del cabo Rolón.

Oficial. — Está bien. Vaya nomás, sargento, siga la recorrida.

Sargento. — Ta bien, mi oficial. (Aparte). El oficial se v'a quedar con las ganas del guindao. Estaba tan superiorazo que l'he dao fin. (Hace mutis; tocando ronda).

Pedro.—Vea, oficial Talavera, de güena gana lo invitaríamos con un trago'e guidao, pero se nos ha concluído.

Oficial. — Gracias, muchachos, con la intención me basta. A ver, antes de retirarse, métanle a un tango rezongón.

Baldomero.—Eso sí, pa eso no nos hacemos de rogar.

Y la emprenden con un soberbio tango-milonga que hasta el caballo del oficial, que es criollo "pur sang", relincha de gozo y escarcea con coquetería al oir las melodiosas notas del bandoneón.

Concluído el tango, saludan los tres al oficial Talavera con el consabido "feliz Año Nuevo" y al compás de la marcha prosiguen su camino en dirección a la casa del cabo Rolón, exclamando Pedro:

—¡Estos son policías gauchos y campechanos, verdaderos amigos del pueblo!

Angel G. VILLOLDO.

Prodigalidades

Todos los países beligerantes tendrán que imponer, sin duda, un impuesto a los artículos de lujo. En algunos ya existe. Y cuando el comprador de un modesto paraguas o de un cepillo de dientes, dos cosas que no son absolutamente necesarias para la vida según el criterio fiscal, tenga que pagar un impuesto especial, esta necesidad se le hará mucho más desagradable si su cultura histórica le recuerda a los famosos pródigos del pasado que nunca fueron molestados por semejante impuesto.

Heliogábalo, por ejemplo, con motivo de una procesión, hizo espolvorear con oro todas las calles de Roma.

El duque de Orleans llevaba, dispuestas como bordado en las mangas de su traje, 1400 perlas, y el príncipe de Conti empleaba polvo de diamante para secar las cartas que enviaba a su amante.

En Inglaterra el "shampoing" tendrá un impuesto cuando cueste más de cinco francos. Este impuesto habría incomodado seriamente en otra época, a Madame Matignon, por ejemplo, que para el cuidado de su cabellera gastaba 24.000 libras por año.

Excesivamente pródigo era también Jorge IV de Inglaterra — buen candidato para el impuesto al lujo. Sus trajes y ropa de uso personal fueron avaluados en 375.000 francos.

En cuanto a la mesa, la frugalidad de nuestras costumbres no habría sido del agrado del rey Luis Felipe. Alguien le preguntó en cierta ocasión si tenía apetito.

—Es imposible — repuso Su Majestad — tener apetito media hora después de haber comido... y eso es lo que me fastidia.

Garrick en Francia

El más famoso actor del teatro inglés fué Garrick, que en 1752 visitó a Francia por vez primera. Un grupo de artistas franceses salió al encuentro de su colega de una manera bastante original. Fueron a esperarle en una venta de las afueras de París. Al llegar a ella el coche de Garrick tuvo necesidad de una reparación a causa de un accidente provocado intencionalmente por el postillón que había sido pagado para ello. Garrick se vió obligado a detenerse en la venta donde en esos momentos se festejaba una boda. El actor fué invitado por los novios y sus padres a sentarse a la mesa y a participar del banquete. Garrick olvidó pronto su disgusto por el contratiempo del viaje y el contento con que tomaba parte en la alegría general hizo creer a los artistas franceses (pues eran ellos los que simulaban la fiesta de bodas) que el gran actor no había advertido que se trataba de una comedia. Pero no fué poca su sorpresa cuando Garrick, que a su vez se había simulado un poco embriagado, empezó a saludar a cada uno de los presentes por su propio nombre. La crítica y los elogios de los diarios lo habían familiarizado desde hacía largo tiempo con los defectos y cualidades de cada uno de ellos; adivinó a casi todos al oirles hablar y reconoció, así, a personas a quienes nunca había visto.

Pedro I el Cruel y su hermano don Enrique

Tuvo el rey don Pedro un maestro de Teología del que se burlaba constantemente. Era el tal maestro, clérigo sencillo e ingenuo, que temblaba cuando en él ponía su augusto discípulo la fiera mirada de sus ojos enigmáticos.

Pasado ya mucho tiempo, llegó una ocasión en que don Pedro tuvo necesidad de un embajador que fuera a entregar un pliego insultante y retador a su hermano don Enrique, con el que nunca estuvo bien avenido, y sonriendo mefistofélicamente escogió como enviado al anciano sacerdote y maestro, entregándole sellado el pliego que terminaba de esta guisa:—"...Y si lo que más arriba te escribo, mal hermano y menguado caballero, hiciera subir tu cólera, témplate de ella con la vida de ese clérigo idiota que te envío y que en un tiempo quiso ser mi maestro..."

Sonrióse Enrique cuando esto hubo leído y preguntó al embajador.

—¿Qué tal tu rey, te tiene en mucha reverencia...?

—No sólo a mí, sino a todo lo que a la religión huele contestó el infeliz.—Y es tanto, que aunque mucho mal dicen de él, es tan justiciero mi señor, que en mucho se parece a Jesucristo...

Pero don Enrique, rompiendo en risa exclamó:—¡Más que a Jesucristo, se asemeja a Judas, porque ha vendido a su maestro!

Y al ingenuo sacerdote le entregó el pliego para que leyera...

Crítica tolorante

El general Sarrail es muy apreciado de los corresponsales de los periódicos, por su cortesía, su afabilidad y fácil acceso.

Cuando era jefe del ejército francés en Salónica, el representante de una revista ilustrada de Nueva York se presentó en el cuartel general para enseñar a Sarrail una doble página, en colores, destinada a su periódico y que representaba al general francés ante Verdún.

Aparecía el guerrero galopando sobre un caballo, sable en mano y ataviado con un uniforme azul recamado de oro.

—¿Qué le parece a usted el retrato, mi general? —le preguntó el artista.

—Bien, bien replicó Sarrail, examinando detenidamente el cuadro.—Está bastante bien; sólo que en Verdún jamás desenvainé mi sable; por lo demás, si no fuera porque tampoco monté a caballo, pues siempre iba en auto, no está mal. ¡Ah! otra cosa que me permitirá le diga, que ni tengo ni he tenido ese uniforme y que en Verdún llevaba uno como éste, que, como ve, no se parece en nada al que usted me ha puesto. Aparte de eso está bien, sólo que usted me ha pintado con bigote sólo y cuando estaba en Verdún llevaba toda la barba. Pero fuera de eso el retrato está admirablemente. Muy propio; muy propio.

UN PADRE

A Guillermo Estrella, en cuyo cuento ''La Naturaleza manda'', está inspirado este modesto trabajo.

Perdurando aún el eco del alarido con que el silbato anunció el término de la jornada, los obreros abandonaban ruidosamente sus herramientas. En ansioso apresuramiento por alejarse de la atmósfera acre y caldeada de los talleres se encaminaban en masas informes hacia las puertas de salida, en medio de las sombras que iban invadiendo los bajos locales como para que destacaran los desfallecientes reflejos rojos de las fraguas murientes.

Segundos más tarde cada taller vomitaba una larga caravana de hombres sucios, desarrapados y miserables, secos por el fuego de la fragua y por el fuego del alcohol. En los grupos que el azar de la marcha formaba y deshacía, algunos daban los últimos toques al descuidado arreglo personal; otros encendían el menguado resto de un cigarro; pocos, los menos, cruzaban algunas palabras comentando las novedades del día o dándose cita para la partida de naipes de la noche. Entre los de su sección iba Jaime más apresurado que ninguno, sin mirar a nadie, hondamente preocupado. En su ansiedad por llegar pronto a su hogar, donde Fermina, su mujer, habría tal vez a esa hora dado a luz un nuevo ser, no se cuidaba de los empellones que daba y recibía ni de las hoscas cuchufletas que su atropellado paso levantaba.

Y entre el sordo concierto de pesados pasos de los obreros marchando sobre la negra carbonilla de la callejuela de salida, se hacía oir distintamente su firme paso de hombre robusto.

Una vez que hubo dejado atrás a todos sus compañeros y lejos ya de la negra ciudad de edificios tiznados de hollín y carbón, marchando solo por el ancho camino de tierra que llevaba a la población de pequeñas casas todas iguales habitadas por los centenares de obreros de las poderosas usinas, Jaime acortó un tanto el paso.

La ansiedad por llegar había sido sustituída por otro sentimiento, que ensombrecía su franco rostro.

—Ese hijo—se decía—ese hijo que llega cuando nadie lo desea. ¿Por qué? ¿A qué viene? ¿Dos son suficientes?

El no era, no, egoísta, pero había necesariamente que rebelarse contra semejante contraste que echaba por tierra todos sus proyectos tejidos y acariciados largamente entre él y su mujer, de noche, cuando acostado uno al lado del otro hablaban de lo futuro, mientras los dos niños dormían plácidamente en su blanca camita próxima. El mayorcito, un rubio pergeño que vestía su primer pantaloncito, estudiaría, sería ingeniero como don Gustavo el director de la fábrica, gracias a cuya protección Jaime llegaría a ser capataz algún día. En cuanto a la niña, a pesar del empeño de Fermina, no estudiaría carrera alguna: sería una verdadera señorita educada e instruída, para que hiciera un buen matrimonio... cuando las economías realizadas les permitieran trasladarse a la capital vecina, donde Jaime se establecería.

Y una rabia sorda subía del pecho del buen hombre como arrolladora marea, hasta ofuscar su cerebro bien equilibrado y enturbiar su mirada siempre tranquila, y por momentos hasta llegó a encontrar razón en las peroratas de los compañeros que los días de descanso echaban las bases de una sociedad más perfecta mientras con una mano se sostenían del mostrador del despacho de bebidas y con la otra sostenían inseguro el vaso de alcohol.

Próximo ya a su casa, de la que entre los velos opacos de la tarde que caía, divisaba confuso el jardincillo que la adornaba, su hosco furor se condensó en un supremo apóstrofe contra la madre Natura que lo despojaba del derecho de limitar su prole, contra la sociedad y hasta contra Fermina, su propia mujer, a la que en la insensatez de su desvarío acusaba de torpe al gestar ese nuevo ser, del cual él renegaba.

Lenta y pesadamente, llegó al dintel de su casa, salvó el breve patiecillo y con los ojos desencajados, contraídos los músculos, apretando los puños como si fuera a aniquilar cuanto por delante se le pusiera, irrumpió en el dormitorio...

Como a través de una niebla, vió el rostro pálido de su mujer hundido entre la nieve de la ropa del amplio lecho matrimonial. La infeliz le sonreía tímidamente, mientras la comadrona, con frases de jocosa felicitación le presentaba un hermoso par de niños, uno en cada brazo.

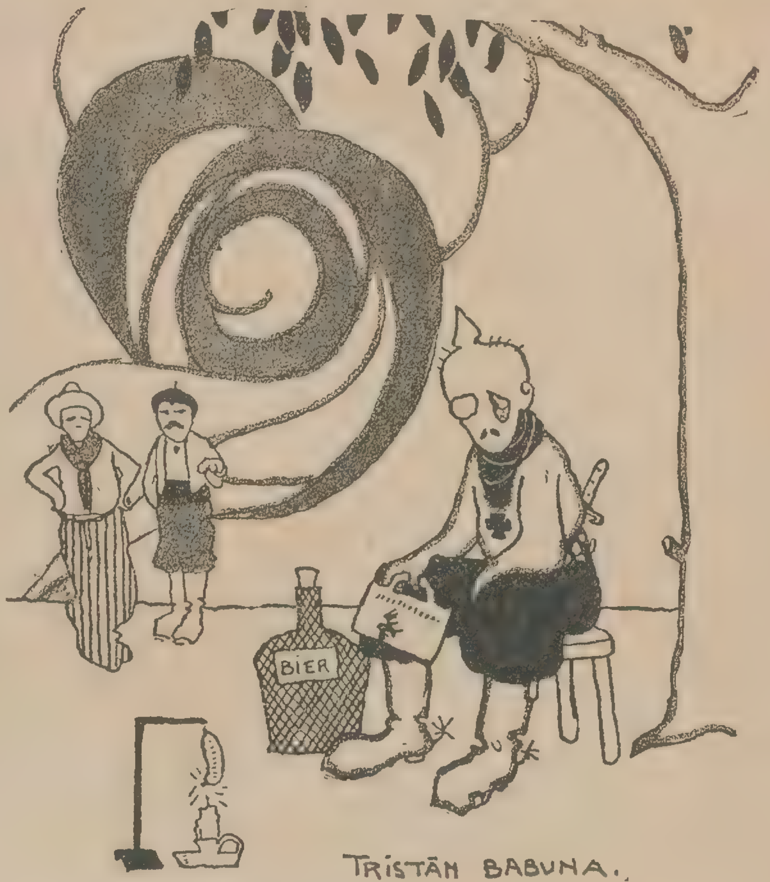
—Son dos, son mellizos; un casal—articuló levemente Fermina como implorando perdón.

. . . .

Jaime, que había penetrado al sagrado santuario donde el más grande de los sacrificios se acababa de consumar, poseído de todas las furias negativas, al ver esos dos pequeños seres irresponsables que él había creado, sintió que todas sus apostasías, todas sus pequeñas preocupaciones de hombre civilizado se derrumbaban dentro de su pecho generoso. Y sintiéndose instintivamente hombre, besó sonoramente sus nuevos hijos y, tambaleante, fué a tirarse pesadamente de rodillas junto al lecho, y plegando su cuerpo de atleta hundió el rostro en la almohada junto al exangüe de su mujer, mientras en medio de un profundo sollozo que partía de lo más hondo de su pecho, exclamaba: ¡Perdón, perdón!

Ernesto E. MARCHESE.

DENTRO DE POCO, EN EL NEUQUEN



—Che, ¿quién es ese bicho tan raro?
—Es el cuarto hijo del kaiser Pérez.

Sopas de ajo

(Páginas olvidadas)

Debe hacer como treinta años que asistí a una montería en el término de Hornachuelos, provincia de Córdoba. Parábamos en la hermosa finca ''La Mezquitilla''.

Era el anfitrión don Cristóbal de Pina, hombre anciano, rico, alegre, gran cazador y muy relacionado con magnates y hombres políticos de la Corte. De los ocho convidados, cuatro pertenecían a los que dejan su nombre en la historia, y los restantes, entre los cuales me cuento, no pasábamos de granujas o soldados rasos.

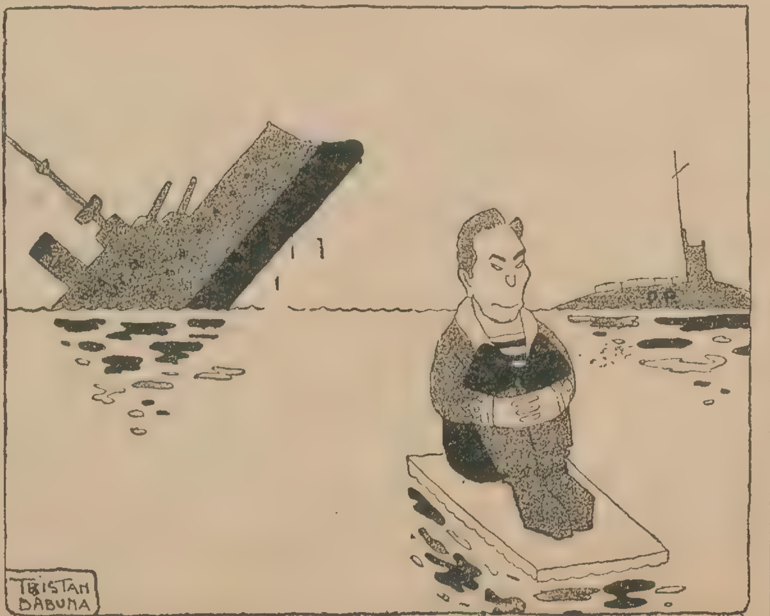
La comida era siempre abundante y sabrosa, pero sin refinamientos gastronómicos.

Como la categoría de los cazadores no se mide por sus títulos y honores mundanos, sino por su pericia, nadie le disputaba la cabecera a Curro ''Perdigones''; seguíale un general grande de España; luego otro señor de color bilioso y bajo de cuerpo, a quien el anfitrión llama Juanito; después yo, y luego los cuatro compañeros restantes.

En el primer ojeo, la misma tarde de la llegada a la finca, se cobraron seis piezas mayores. Al regresar a la casa traíamos barruntos de hambre, y se nos alegró el paladar con el rico olor y vaho de una hermosa sartén de ''sopas de ajo''. Estaban riquísimas. Todos repetimos, y las celebramos, menos Juanito, que no se permitió ni aun probarlas por más elogios que del plato le hicieron y por más instancias con que lo afligió el bueno de don Cristóbal.

—¡Vaya por Dios!...—exclamaba éste con verdadera pena.—Si hubiera sabido que no te gustaban, no se hubieran puesto. ¡Quién diría que un mozo de tu temple no come ''sopas de ajo''! ¡En fin, vivir para ver!

A CALDO Y HUEVO



Elpidio.—¡Este sí que ha sido torpedeamiento sin previo aviso!...

—No se apure usted, don Cristóbal: tomaré de otra cosa: no me moriré de hambre. Ya contaré el justificado motivo de mi aborrecimiento a las sopas.

Se comió, se charló, y cuando tomábamos el café, curioso yo del asunto de las sopas, me atreví a decir:

—Si no es tema reservado ¿querrá contarnos, Juanito, la causa de su aversión al primer plato de nuestra comida?

Mi vecino de mesa me dió un rodillazo de los que anuncian que se ha cometido alguna inoportunidad. No pude comprender cuál fuese; y al mismo tiempo que me tranquilizaba con sus ojos, Juanito, en medio del mayor silencio, y haciéndome un saludo o signo afirmativo con la cabeza, dijo lo que sigue:

—Tendría yo unos dieciocho años cuando salí a cazar en el término de la Musará, había matado un par de perdices, y me hallaba loco de placer. Fatigado y hambriento, después de cinco horas de ejercicio, divisé una masía, y me encaminé a ella para descansar. Cuando llegué, se hallaban apurando la sartén de sopas de ajo un hombre como de cuarenta años, su mujer e hijo.

Después de los mutuos saludos, dijo el hombre: ¿Quiere comer el señorito?

El buen tufo del manjar, que en aquella ocasión me olió a gloria, duplicó mi hambre.

—Sí, señor—respondí;—quiero comer y pagar unas sopas como esas que se hallan ustedes agotando.

—Esto no es posada ni bodegón—contestó con rusticidad catalana;—aquí comerá, pero sin pagar.

—Muchas gracias—repliqué.

La mujer y el hijo se marcharon a la Musará. El hombre limpió la sartén, arregló el fuego y comenzó a migar pan.

—¿Habrá suficiente?—me preguntó.

—Eche usted más.

Siguió mi hombre migando, y dijo:

—¿Bastará ya?

—Ponga usted un poco más.

—Pero... ¿va el señorito a comer tanta sopa?

—Sí, señor, y doble; usted no sabe el hambre que yo traigo.

—Bien, bien; no hablo por miseria, sino para que no sobren y haya que tirarlas..

—Descuide usted, que no sobrarán.

Cuando vi la mesa con un jarro de vino del Priorato, medio queso y la sartén rebosando de olorosa y humeante sopa me entregué en ella con el mismo gusto que Sancho Panza en aquel salpicón y aquellas manos de ternera que, si mal no recuerdo, le sirvieron en la ínsula.

Consumida la cuarta parte de la sartén, quedé satisfecho.

—¿Qué es eso?—dijo el tío Jaime—¿no le saben bien?...

—Están muy ricas, pero no tengo más gana.

—Pues yo no he migado dos veces pan contra mi voluntad para que las sopas se tiren; el señorito me obligó a migar, y yo le obligo a comer. Y cogiendo mi escopeta, que dejé en la puerta de la masía, me apuntaba a cuatro pasos de distancia.

Seguí comiendo, pero a las pocas cucharadas me fué imposible continuar.

—Tío Jaime, no puedo más.

—Pues, de rodillas, y encomiéndese a Dios si es cristiano... pero, en fin—añadió—voy a tener misericordia... Dos cucharadas solamente... y quedamos en paz.

Tragué sabe Dios cómo aquellas dos terribles cucharadas que me indultaban de la muerte, y en seguida el tío Jaime me advirtió, con toda la dulzura posible en un rústico catalán, lo que sigue:

—Creo que el señorito no olvidará que el pan crece mucho en las sopas; pero el consejo que yo deseo fijar en su memoria, y por cuyo motivo le he amenazado, es el de que nunca abandone la escopeta en las puertas de casas desconocidas. Tome su arma.

Vean ustedes por qué aborrezco las ''sopas de ajo'', porque sé que el pan empleado en ellas crece mucho, y por qué no abandono las armas cuando me hallo entre gentes desconocidas.

. . . .

Al separarnos de la mesa, mi vecino (el del rodillazo) me dijo que su aviso era por ''Juanito''; que el dueño de la casa, don Cristóbal, no estaba muy en los tratos de la finura; que debió haberme presentado, porque...

—Pero, ¿quién es ''Juanito''?

—¡Hombre!... ¡don Juan Prim!... ¡El conde de Reus!...

Sorprendido yo con semejante revelación, me dirigí a él rogándole que me excusase y perdonase.

—Perdón ¿de qué?—dijo el general.

—Señor conde, de la familiaridad con que he tratado a usted; de llamarle ''Juanito'', en vez de conde o general.

—Pues, queda usted perdonado; pero con su penitencia.

—Márquela usted, señor conde, y se cumplirá con exactitud militar.

Y echándome su brazo por la cintura y apretando cariñosamente, añadió: Pues la penitencia es que siempre me digas ''Juanito'' y que siempre me hables de tú por tú.

. . . .

Después de aquellos días de caza no se presentó ocasión de seguir cumpliendo el pacto, porque nunca más volví a ver al desventurado y valiente general.

El Doctor THEBUSSEM.

La era de la paz

El hado maléfico que flotaba sobre el orbe, creando a la humanidad una situación anormal que diezmó sus huestes y llenó de pavor a los que contemplaron desde lejos la sangrienta hecatombe, había sido desalojado, recientemente, por las auras de paz que acariciaban las ardientes mejillas de los que supervivían a esta nueva Ilíada inconmensurable.

El mundo entero respiraba amor y bienandanza, con el cese de las bélicas tocatas del clarín guerrero, del redoblar de los tambores, del monótono piafar de los caballos, de las trágicas batallas en que media humanidad, ya casi exhausta, luchaba por aniquilar al resto de la especie, tullida en rudos y largos combates y agobiada por el hambre y la miseria.

En Cosmópolis, población lejana del devastado escenario de la tragedia, sus habitantes se adherían al júbilo universal, celebrando entusiastas manifestaciones y solemnes ceremonias religiosas, estas últimas en acción de gracias al Todopoderoso, por el triunfo de la verdad y del derecho sobre la mistificación y la autocracia.

Todo el mundo vivaba a la paz. Todos abrigaban la esperanza de que muy pronto surgiría de ella una nueva era de dicha y de concordia, mediante una reforma fundamental de la legislación en el universo, que importaría una transformación de usos y costumbres en las naciones y hasta de los hábitos individuales.

Se esperaba una especie de quietismo — sin confundir con la correspondiente doctrina heterodoxa, — disposición para la ataraxia que no a todos les será dado disfrutar en una larga serie de centurias.

Mientras tanto, yo, extraño a aquel ambiente, sostenía una lucha violentísima con mis nervios. Y, por no ser menos, me embarqué en la tarea de buscar la paz que tanto necesitaba para mi gastado organismo.

Confundido con la muchedumbre, me dirigí al templo para presenciar, por vía de distracción, la ceremonia que se anunciaba para momentos después.

En las estrechas naves de la iglesia bullía el pueblo creyente — encabezado por sus autoridades civiles, — víctima de una atmósfera sumamente densa que dificultaba la respiración.

Iluminóse profusamente el altar. Centenares de velas comenzaron a arder, consumiendo el poco oxígeno que había en el sagrado recinto. Los rostros de los fieles denunciaron impaciencia, primero, en seguida, los efectos de un vértigo trastornador.

Aparecieron, luego, sobre el altar mayor, tres sacerdotes revestidos con las sacras vestimentas, y un acólito columpiando un incensario. El ministro de Dios entonó el himno de acción de gracias, que fué coreado, en música gregoriana, por una multitud de niñas angelicales, con acompañamiento del órgano.

Los allí reunidos empezaron a bañar, inconscientemente, sus ardorosas mejillas en lágrimas abrasadoras, mientras se golpeaban suavemente el pecho, impetrando los dones de que habían menester.

He ahí un pueblo que hallaba la paz veneranda donde, quizá, menos la soñó.

Mis nervios, en cambio, adquirieron poco a poco una tirantez mucho mayor que la de las relaciones populares con cualquiera de nuestros gobiernos, a los pocos meses de ejercer el mando, por más plebiscitos que lleven sobre sus espaldas.

Me lancé a la calle, desencajado el rostro, y recorrí Cosmópolis, en busca de un ambiente más propicio a mis rebeldes inclinaciones.

Confieso con franqueza que era un pueblo lleno de atractivos, aparte de su grandiosa edificación moderna.

Me apeé del carruaje que ocupaba y penetré en un "Café y Bar" para tomar tila, o, en su defecto, alguna poción venenosa de las muchas que allí se expendían con impuestos nacionales, provinciales, municipales y a punto de ser gravadas con un nuevo impuesto de la comisaría que funcionaba al frente.

Este país — grité furioso, — en nada se diferencia de los demás. ¡Hasta para envenenarse tiene uno que contribuir a la formación del fisco!

De rabia y para no ser explotado, me conformé con ingerirme un sifón de soda, dejando el casco para el camarero.

En una mesa cercana a la mía, un señor estrafalario, de larga y repugnante melena, de sebosa chalina negra al cuello y de verdoso chambergo de anchas alas, a quien su reducido y boquiabierto auditorio llamaba don Máximo, vociferaba con voz aguardentosa, saboreando un wisky puro.

—Vivimos en estado salvaje. Somos muchos los que trabajamos hasta 18 horas diarias por un mísero jornal que no nos alcanza para pagar el alquiler. Pero "nuestras" ideas avanzan. Forman ya en la vanguardia política, y dentro de un año habrán triunfado en toda la línea. Gobernaremos "nosotros", el pueblo soberano, y no habrá burgueses, ni clérigos, ni burócratas, ni retardatarios, ni rémoras para el progreso, la civilización y la cultura. Todos seremos iguales; todos producirán, especialmente aquellos que nunca han producido cosa buena. Y el gobierno, que se incautará de todo lo existente, hasta de la mujer inclusive, os tendrá a todos de empleados, señalará a cada uno su tarea con un horario máximo de hora y media por día y, como padre amoroso, distribuirá, entre todos, lo que necesitéis para comer, vestir con elegancia, etc.

—Pa los burgueses papas y porotos solamente — "estornudó" el más piadoso del grupo, que ya se sentía viajando, sin boleto de retorno, con destino a la tierra de promisión.

Sin darme cuenta, el discurso de don Máximo me había librado de la neurosis que me extenuaba.

He ahí otro pueblo que hallaba la paz perpetua, en torno de una mesa de



—¡Se han creído que nos van a hacer pasar perlas por maíz!

EL PEON NUEVO


—¿Y usted podría llevar un casco lleno?
—¡Ah, no, patrón! Lo más que puedo llevar son quince litros por día.

café, con dos copas de wisky y una peroración que yo había oído a mi cocinera no menos de veinticinco veces a raíz de otras tantas reprensiones, por servirme en revoltijo los huevos fritos que la había encargado.

A pesar de todo, llamé al mozo y me oyó; le pagué inmediatamente y subí de nuevo a mi carruaje, para no caer bajo la acción del gobierno que, con otro par de wiskys, se hubiera constituído allí sin más trámite.

Continué recorriendo la ciudad. Me aburrí por segunda vez y, para evitar los continuos bostezos, entablé conversación con el auriga.

Como yo, era extranjero en Cosmópolis. A las primeras de cambio, pude notar en su dejo que, en la conversación más trivial, daba todas las notas del pentagrama, con una parsimonia que enamora a las bellas de su pueblo, aunque en la ciudad donde nos hallábamos movía a risa, valiéndole un "pitorreo" tan ingenuo como vulgar.

Mi acompañante se declaró partidario de las teorías de don Máximo.

Naturalmente. Discípulo de un eximio latinista que, en materia pedagógica, seguía "ad pedem littera" el aforismo latino "mens sana in corpore sano", de la escuela salió un atleta hecho y derecho, para terminar con su ondulante humanidad en el triste pescante de un coche de alquiler.

En nuestro recorrido, nos encontramos con los fieles que regresaban del templo.

Una masa enorme de gente acompañaba a la comitiva oficial, vitoreando al primer magistrado.

Los vítores se confundieron con amargos llantos y un agudo estridor de dientes que partían de una casa inmediata. Se embargaba, al amparo de la fuerza pública, lo poco que tenía su moradora: una viuda pobre y con ocho hijos, que no había podido pagar los impuestos de alumbrado y limpieza.

En la cuadra contigua efectuábase una operación análoga con otra pobre mujer que no pudo abonar los derechos de pavimentación.

Indudablemente, dije yo para mi capote contemplando ese espectáculo, las teorías de don Máximo se nos echan encima. He ahí el principio del maximalismo: el gobierno se queda con todo...

El hastío se apoderó de mí, resolviéndome a buscar paz para mi espíritu en mi poco confortable habitación de viajero con pase oficial, sujetando mis nervios con una amarra invisible.

Por la tarde, repuesto del desgaste que me habían producido tan ingratas escenas, rondé nuevamente por la población, yendo a parar siempre a las puertas de algún teatro. Entré en uno, luego en otro, poco después en un tercero. Mi mala sombra quiso que a todos llegase tarde. ¿De qué se trata? O el artista está diciendo una sarta de incoherencias o yo ignoro cómo se piensa y se procede en el siglo en que vivo.

Los intérpretes se esfuerzan por hacer gestos y muecas horripilantes, por contraer hasta el infinito los músculos de su cara, procediendo con rareza tanta que me obligan a preguntar a mi vecino de platea: ¿Tales son las costumbres y los habitantes de Cosmópolis?

El interrogado ríe a mandíbula batiente, coreando una estrepitosa carcajada del resto de los espectadores, que, por lo que veo, consagra un chiste alemán del bufón que aparece sobre el tinglado de la farsa.

Un sentimentalista a quien algunos críticos tildarían de cursi, ofreciendo un original contraste con la actitud del público, llora al ver que existen hombres que se dediquen a la profesión de hazmerreír, en forma tan denigrante para su condición de tales.

Pero, ¿qué importa? "El mundo está ya viejo y chochea" y encuentra la paz y el reposo en esos espectáculos. "El arte no se resigna a envejecer y por parcer niño finge balbuceos", y recurre a las andaderas para evidenciar mejor su infancia y orfandad.

Ahí tenemos otro pueblo feliz, sin pensar, en ningún momento, en las teorías de don Máximo.

Y la prueba de tal dicha la encontramos en que las acciones de esos artistas se cotizan de acuerdo con las subas y bajas de la boletería, como se cotizan, en los gobiernos democráticos, las acciones de ciertos ministros, de acuerdo con las alzas y bajas que sufre el partido gobernante en un escrutinio electoral.

Cuando terminó la función, mis nervios, sin hacer caso del bromuro que había tomado una hora antes, me formaron una bronca que me obligó a pegar veinticinco saltos en mi butaca, haciéndome creer que yo sería el dichoso mortal que resolvería, en el momento menos pensado, el problema del movimiento continuo.

Me lancé a la calle, y el acaso me puso frente al auriga que me acompañó por la mañana. Vestía con relativa elegancia, pues ya se hallaba descansando de las tareas del pescante.

A falta de otros amigos y, sobre todo, por cultivar la democracia, le invité a tomar el vermouth.

Ubicados en la acera de una espaciosa avenida, me dijo en el curso de la conversación:

—¿Se ha fijado que no se habla más que de paz por todas partes?

—Efectivamente. De paz, de alegría y de jolgorio.

—¿Y usted cree en ella por ahora?

—¿Yo? Yo soy escéptico,—contesté conteniendo mis nervios a punto de crearme una situación ridícula.

—¡Oh! Vendrá. Eso no le quepa a usted la menor duda. Es que ustedes los burgueses...

El terminacho me desconcertó. Pegué un fuerte puñetazo en la mesa y grité al auriga:

—¿Usted se piensa que yo soy burgués? Sépase que no alcanzo a ser proletario.

Mi interlocutor bajó el diapasón y continuó hablándome:

—Quería decirle que con el desarme universal—que ya es un hecho,—con la reforma de la legislación existente, con el cambio de sistema de gobierno, con...

—¿Más paz todavía?

—La habrá, señor, la habrá. Y si no, vea: en Rusia, donde ya no hay ricos ni pobres; donde todas las industrias y campos y fábricas y empresas y almacenes y hombres y mujeres pertenecen al gobierno; donde todos trabajan por igual y se turnan por semana, pasando de las faenas agrícolas a las oficinas del gobierno y viceversa; donde todo el mundo viaja gratis y en primera, porque la segunda clase ya se ha suprimido; donde el gerente de hoy es el peón de mañana y el capataz del día siguiente para volver de nuevo a la gerencia cuando le llegue el turno, han desaparecido ya las clases sociales y los privilegios y los homenajes y las humillaciones del obrero. Y vea: yo que observo y tengo algo de filósofo, opino que se ha hecho un grandísimo beneficio a la burguesía. Se la ha librado de todas las preocupaciones sociales que la roían las entrañas; se la deja libre de los celos, de la gula, de la envidia, de la cólera, de la ira, de la ambición terrenal, de la pereza, de todos los apetitos desordenados. Siendo todos iguales, comenzará de pronto la era de la paz. Los hombres cumpliremos fielmente y sin reatos ni escrúpulos el precepto evangélico: "Amaos los unos a los otros como yo os he amado". La transformación que tendría que realizarse en la psicología individual, repercutiría, necesariamente, en la psicología de las multitudes. Y éstas, aunque estuviesen armadas con cañones Krupp y ametralladoras, serían como mansos corderos ante sus injuriantes, y...

La exposición del auriga me había mareado. Los nervios empezaron a inquietarme de nuevo. Sentí una necesidad invencible de estar solo. Me levanté violentamente, con el santo propósito de huir de Cosmópolis en el primer tren que saliese para la ciudad de mi residencia. Luego me despedí de mi compañero diciéndole:

—Vea, amigo. No creeré en la paz de que usted me habla, aunque triunfen sus teorías, si el gobierno no inventa un remedio eficaz para combatir el alboroto de los nervios.

Eduardo ALONSO CRESPO.

Puntos de vista

Un millonario norteamericano residente en Nueva York, ofreció un premio de un millón de dólares, a la persona que en el término de un año le presentara una cebra con listas azules. Al efecto hizo colocar en una esquina de la calle Broadway, la más central de la City, un enorme letrero que decía:

"William Kelty pagará en su casa, Fifty Avennue, 2375, la suma de 1.000.000 de pesos oro americano a la persona que en el término de un año, a contar desde la fecha, le presente una cebra con listas azules.—Nueva York, septiembre de 1916".

A los pocos segundos de colocado el aviso pasa un inglés, lee el anuncio y rápidamente se encamina a su casa, lía sus maletas y va precipitadamente a tomar un vapor que salía el mismo día para el continente europeo.

Después llega un francés, se entera, y ese mismo día compra una mula blanca y con mucho arte le pinta unas listas azules hechas efectivamente a pincel y manda el animal a casa del millonario.

Acto continuo pasa un alemán y después de leer con gravedad el cartelón, se dirige a su domicilio, se instala en su gabinete, saca varios libros, un mapamundi, reglas y compases y se pone a estudiar el asunto.

Llega después un italiano y al enterarse del aviso, se pone a disertar largamente con un compañero de lectura del anuncio, sobre las probabilidades del encuentro de la cebra, concluyendo su peroración dos horas después.

Pasa un español, lee el aviso y exclama con un gesto de suprema indolencia: "¿Un año de plazo para encontrar la cebra? ¡Pshe!... ¡El mes entrante me ocuparé del asunto!

FRAY MOCHO
SE PUBLICA LOS MARTES
Oficina: P. COLÓN, 1266
BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el exterior		En el Interior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre $ oro	2.00	Trimestre	$ 3.00
Semestre	5.00			Semestre	6.00
Año	9.00	Semestre	4.00	Año	8.00
N.° suelto	20 cts.			N.° suelto	25 cts.
N.° atrasado	40 "	Año	11.00	N.° atrasado	50 "

Dirección y Administración: P. COLON, 1266.—U. T. 184, Avenida

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.



LA PRODUCTORA AMERICANA

E. PARODI y Cia